LA MUJER DEL DIA

TRES ACTOS CÓMICOS DE ARMONT Y MARCHAND

VERSIÓN ESPAÑOLA DE GUTIÉRREZ ROIG

Colección Teatral

5 cts.

Cubierta

de

este

número:

Irene López Heredia

y

Mariano Asquerino

en

una

escena

de

La mujer del día

7445

LA MUJER DEL DIA

ARMONT Y MARCHAND

LA MUJER DEL DIA

COMEDIA HUMORISTICA EN TRES ACTOS

VERSION CASTELLANA

de

ENRIQUE F. GUTIERREZ-ROIG

Estrenada en el Teatro Muñoz Seca, de Madrid, el día 9 de enero de 1932.

DIBUJOS DE

ANTONIO MERLO

LA FARSA

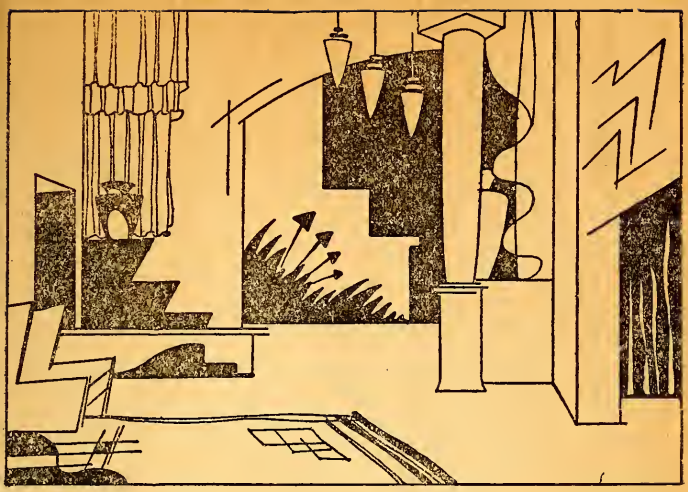
AÑO VI | 20 DE FEBRERO DE 1932 | NÚM. 232

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Elena Vouvray	Irene López Heredia.
Hortensia	Pilar Arroyo.
Señora de Petillón	Adela Carbone.
Clotilde	Pilar Lebrón.
Malva	Aurora Palacios.
Lulú Biscuit	Ketty Alonso.
Sergio	Mariano Asquerino.
Bolvos	Domingo Rivas.
Millenón	Elías Sanjuán.
Valentín	Fernando F. de Andrade.
El 519	Marcial Manent.
Eduardo	Manuel Káyser.
Pablo Emilio	Manuel Soriano.

La acción en París.—Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Saloncito en un pequeño hotel de recientísima construcción. Debe advertirse que los muebles y toda la instalación es de un gusto atrevido y modernísimo. Son las once de la mañana. Puerta al fondo y laterales. Teléfono.

ESCENA I

VALENTIN y CLOTILDE

(Al levantarse el telón la escena está sola. A poco se oye sonar un timbre. Larga pausa. Vuelve a sonar el timbre con fuerza y seguidamente. CLOTILDE sale por la derecha, cruza la escena y va hacia el fondo, abre la puerta y desaparece. Vuelve acompañada de VALENTIN. Valentín es un hombre todavía joven y va vestido con gusto muy personal y con apariencia de artista. Entra con un periódico en la mano que estruja nerviosamente.)

VALENTIN.—*(Entrando el primero.)* Le repito a usted que quiero ver a la señorita. *(A Clotilde.)*

663010

CLOTILDE.—(*Siguiéndole.*) Pero, caballero...

VALENTIN.—¿Usted no me conoce? Yo soy Valentín, el artista decorador tan renombrado. Soy el tapicero de la señorita.

CLOTILDE.—Conozco muy bien al señor, pero...

VALENTIN.—¿Qué? ¿No está en casa la señorita?

CLOTILDE.—No, señor.

VALENTIN.—¿Ha salido? ¿A las once de la mañana?

CLOTILDE.—No, señor, no ha salido, por la sencilla razón de que no ha entrado... desde hace tres días. No la hemos visto desde el jueves.

VALENTIN.—Entonces, ¿es verdad lo que dice el periódico?

CLOTILDE.—(*Con mucha calma.*) ¡Ah! ¿Hablan de la señorita los periódicos?

VALENTIN.—(*Estallando.*) Sí, señora. Lea ahí, en la tercera plana.

CLOTILDE.—(*Leyendo.*) "Enigmática desaparición de una señorita. Desde la noche del jueves último se ignora el paradero de una elegante joven muy conocida en los lugares frecuentados por la gente alegre..."

VALENTIN.—Al final, al final; lea al final.

CLOTILDE.—"Todo hace suponer, sin embargo, por los informes que tenemos, de que no se trata de ningún suceso desagradable, sino simplemente de una fuga amorosa..." ¿Y qué?

VALENTIN.—¿Cómo y qué? Pues que esta huída es espantosa. ¿Qué han dicho sus amigos? ¿El barón?...

CLOTILDE.—Al señor barón ya le he telefoneado y el señor contestó que salía para Londres.

VALENTIN.—Eso quiere decir que él se desentiende de todo.

CLOTILDE.—El señor barón me dijo que nos dirigiéramos al señor Durán, que era también íntimo de la señorita.

VALENTIN.—¿Y qué ha dicho ese señor?

CLOTILDE.—Que estaba enfermo, que se iba a unos baños y que le diera cuenta de lo ocurrido al señor Adriani. Se lo participamos a éste y éste a su vez dijo que se lo comunicáramos al señor Pontolié. Pero, cosa curiosa: éste, como los otros, también me contestó que se iba de viaje. Como si todos se hubieran puesto de acuerdo. Y aquí nos tiene usted a los criados solos en la casa y esperando ver el giro que toman las cosas.

VALENTIN.—Muy bien. ¿De manera que no hay nadie que se haga responsable de nada?

CLOTILDE.—Ya supongo yo que usted está inquieto por su facturita.

VALENTIN.—¿Facturita? ¿Usted sabe lo que se me debe aquí

sólo de muebles, sin contar los cortinajes y las alfombras? Pues más de 60.000 francos. (*Suena el timbre dentro.*) ¿Será ella acaso?

CLOTILDE.—No lo creo. Voy a ver. (*Mutis.*)

ESCENA II

MILLENON y VALENTIN

(*Se oyen dentro grandes voces y luego entra MILLENON. Es un hombre vulgar y viene con el sombrero encasquetado. Por la puerta abierta del foro se oye terminar el animado coloquio de Clotilde y Millenón. Finalmente él entra y Clotilde se va encogiéndose de hombros y dejando a los dos hombres solos.*)

MILLENON.—Pues, hombre, estaría bonito. No faltaba otra cosa. ¿Que esa señorita quiere burlarse de todo el mundo? Bueno. Pero de mí, no; de mí no se burla, como me llamo Millenón. (*Dando un golpe sobre la mesa.*) ¡Ah! Caballero...

VALENTIN.—(*Secamente.*) Caballero...

MILLENON.—(*Descubriéndose.*) Yo soy Próspero Millenón, maestro de obras. Ya usted habrá oído mi nombre y mi casa... Albañilería, fontanería y carpintería... El presupuesto que presenté fué aceptado. La obra... (*palpando los muros*) está hecha a conciencia. Bueno, pues no se me ha pagado el último plazo. Usted debe estar al corriente de todo.

VALENTIN.—Yo, no, señor; tampoco estoy al corriente.

MILLENON.—Bien. La señorita de Gibry, por lo que parece, se ha evaporado. Creo que es una historia sentimental. Pero a mí estas historias no me interesan. A mí lo que me interesa es mi dinerito.

VALENTIN.—Y a mí también. Yo soy Valentín, el artista decorador.

MILLENON.—¡Ah! ¿Usted es Valentín, el tapicero? (*Vuelve a ponerse el sombrero.*) Entonces ya sé por qué está usted aquí. Usted ha venido a lo mismo que yo. ¿Y qué? ¿Ha visto usted ya al señor?...

VALENTIN.—¿A qué señor?

MILLENON.—Al señor de... la señorita... Vamos, al financiero.

VALENTIN.—Yo no he visto a nadie.

MILLENON.—(*Impaciente.*) En una palabra, ¿es verdad o no es verdad que esa señorita acaba de escaparse con uno?

VALENTIN.—Eso parece.

MILLENON.—Bueno, pero quedará el otro, el amigo formal, el

protector, como suele decirse. Y, como es natural (*elevando la voz*), yo no me voy de aquí sin ver al que paga.

VALENTIN.—Le advierto a usted que si cree encontrar aquí alguien que le pague, pierde usted el tiempo.

MILLENON.—(*Dirigiendo una ojeada a la habitación.*) En ese caso me llevaré todo esto. Yo tengo que cobrarme como pueda.

VALENTIN.—¿Mis muebles? ¿Llevarse mis muebles? Eso de ninguna manera. Yo también tengo que defender mis intereses, como usted los suyos. ¡No faltaba más! (*Los dos se miran con hostilidad y entra HORTENSIA, seguida de CLOTILDE, que se va inmediatamente por la primera derecha.*)

ESCENA III

DICHOS y HORTENSIA

HORTENSIA.—Amigo Valentín, ¿qué tal?

VALENTIN.—Usted es Hortensia Hermanas, si no me equivoco.

HORTENSIA.—Sí, señor, la misma, la mitad de la razón social. ¿Qué me dice usted de esta aventura? Estoy afligida, afligidísima.

VALENTIN.—¿Usted también es acreedora de la dueña de esta casa?

HORTENSIA.—Sí, señor. Desde el chasco que me dió la infanta María Agustina, no me había ocurrido otra cosa igual. No se puede una fiar de nadie. ¡Hacerme esto a mí! Todos los modelos de esta temporada, todos, se los había reservado a ella. Y aun debía enviarle mañana mis dos últimas creaciones, dos pequeñas maravillas: Cuerpo a media espalda, falda a medio muslo. Total, metro y medio de tela para los dos.

VALENTIN.—Serán preciosos.

HORTENSIA.—(*Muy amable.*) Gracias. (*Mirando a Millenón con un impertinente.*) ¿Quién es este señor?

VALENTIN.—El albañil.

MILLENON.—Sí, señora, el albañil, como dice el tapicero.

VALENTIN.—El pretende tener aquí más derecho que nadie para cobrar.

MILLENON.—Como voy a demostrarlo.

HORTENSIA.—Usted pretenderá únicamente garantizar sus intereses. Nosotros hemos de hacer lo mismo.

MILLENON.—Yo he construído el hotel, y sin hotel no habría muebles. Me parece que está claro mi mejor derecho.

HORTENSIA.—Pues quédese con el hotel, pero no me toque los muebles.

CLOTILDE.—(*Saliendo al oír los gritos.*) Señores, calma. (*Enérgica.*) No es gritando como pueden hacer que vuelva la señorita.

HORTENSIA.—Claro que no. Pero yo creo, Clotilde, que usted también debía estar inquieta por su salario...

CLOTILDE.—Al pronto, todos los criados de la casa nos preocupamos mucho, pero desde que hablamos con el señor Bolvos, tenemos plena confianza en que cobraremos.

MILLENON.—¿Bolvos? ¿Quién es ese señor?

CLOTILDE.—El que va a ocuparse de nuestro asunto.

VALENTIN.—¡Oh! ¿Ustedes han puesto ya su pleito en manos hábiles?

CLOTILDE.—Habilísimas; sí, señor. Bolvos es un hombre muy conocido en todo el barrio por listo y por astuto. Con él estamos seguros de que nuestros intereses no se perjudicarán en un solo céntimo. ¿Quieren ustedes verle? Hace un momento me estaba diciendo en la cocina que de asuntos como este le gustaría encargarse todos los días.

HORTENSIA.—¿Ha dicho eso?

MILLENON.—Puede que si habláramos con él...

HORTENSIA.—Podríamos pedirle un consejo.

CLOTILDE.—Pues voy a decirle que venga. (*Mutis primera derecha.*)

ESCENA IV

DICHOS, y luego BOLVOS.

VALENTIN.—Advierto a ustedes que esto es un poco humillante. Van ustedes a ponerse al habla con el representante de la servidumbre.

MILLENON.—¿Y a mí qué?

HORTENSIA.—Conviene hablar con ese sujeto. Estas gentes son muy sagaces. Aquí viene. (*Entra BOLVOS, que es un inverosímil personaje, enmohecido, desagradable, pícaro y cauteloso.*)

BOLVOS.—Señora... Caballeros. Soy su más humilde criado.

VALENTIN.—¿Usted quién es...?

BOLVOS.—(*Con humildad.*) Francisco Bolvos, antiguo pasante de notario. Tengo mi despacho en el número 14 de esta calle. Hipotecas, préstamos con garantía y... resolución de asuntos difíciles.

HORTENSIA.—(*A Bolvos.*) Supongo que ya sabe usted quiénes somos y por qué nos encontramos aquí.

BOLVOS.—Lo sé, señora. La desaparición de la dueña de esta casa les afecta hondamente y lo comprendo.

HORTENSIA.—Para nosotros es una gran pérdida, es cierto.

BOLVOS.—Yo represento aquí los intereses de la servidumbre.

HORTENSIA.—Comprenderá usted que el salario de los criados no puede compararse a lo que importan nuestros créditos.

MILLENON.—A mí me deben cuarenta billetes de a mil.

HORTENSIA.—A mí treinta y cinco mil francos.

VALENTIN.—Y yo debo cobrar sesenta mil.

BOLVOS.—(*Consultando un cuadernito.*) Mis clientes representan en total mil ochocientos setenta y siete francos. Comprendo, señora, que es bien poca cosa, pero yo tengo por costumbre no hacer caso ninguno de las cifras, ya se trate de millones o de céntimos. ¿Pueden ustedes decirme cómo van a proceder para la defensa de sus intereses?

VALENTIN.—Nosotros dispondremos la venta del hotel. Sencillamente.

MILLENON.—Bien dicho. Venderé el hotel y cobraremos.

BOLVOS.—Advierto a ustedes que yo tengo en el bolsillo una opción sobre el arrendamiento. (*Sorpresa en todos.*)

MILLENON.—¿Una opción? ¿Para qué?

BOLVOS.—Esto forma parte de mi plan de campaña.

HORTENSIA.—Pero la señorita puede volver. No están perdidas todas las esperanzas.

BOLVOS.—¡Hum...! Me extrañaría mucho que volviera.

VALENTIN.—(*Rápidamente.*) ¿Usted sabe algo?

BOLVOS.—Yo comienzo siempre por informarme antes de proceder.

HORTENSIA.—Pero eso es muy importante para nosotros. Hable usted, hombre. Sentémonos. Vamos a ver, señor Bolvos. El periódico habla de una fuga amorosa.

VALENTIN.—¿Cree usted en ella?

BOLVOS.—(*Muy serio.*) Sí, señor.

HORTENSIA.—Y ¿quién es él?

BOLVOS.—Después de mis indagaciones, no puede tratarse más que de Fonseca.

HORTENSIA.—¿Algún brasileño rico? Ese nombre no me es desconocido.

BOLVOS.—No, señora. Es el bailarín profesional del restorán de las Rosas, que está aquí a la vuelta, en el boulevard.

HORTENSIA.—¿Un bailarín? Eso es una catástrofe.

VALENTIN.—¿Está usted seguro de lo que dice?

BOLVOS.—Espero tener la certeza absoluta, y eso lo sabré dentro de cinco minutos. He telefoneado que venga aquí a la única

persona capaz de aclararnos este punto definitivamente. Esta persona es Eduardo, el maitre d'hotel del restorán de las Rosas.

HORTENSIA.—¡Un bailarín! Entonces estamos a la vista de...

VALENTIN.—De una estafa, de un robo. Hay que hablar claro.

CLOTILDE.—(*Saliendo.*) Señor Bolvos. Pregunta por usted un señor que se llama Eduardo.

BOLVOS.—Con permiso de ustedes. Es mi hombre. Clotilde, que pase. (*Clotilde vase foro.*) Vamos a saberlo todo.

ESCENA V

DICHOS y EDUARDO.

EDUARDO.—(*Entrando por el foro.*) Hola, padre Bolvos. Perdón, señores...

BOLVOS.—(*Que ha ido hacia él.*) Pase, Eduardo. (*Presentando.*) Mis amigos. (*Eduardo saluda.*) Eduardo, yo..., o mejor dicho, nosotros, necesitamos saber un dato muy importante.

EDUARDO.—Pues estoy a su disposición.

BOLVOS.—Este es el hotel de la señorita de Gibry, a la cual usted conoce.

EDUARDO.—(*Después de ojear la habitación.*) ¡Qué idiota! ¿Y no le ha dado pena abandonar todo esto?

BOLVOS.—¿Abandonar ha dicho usted?

HORTENSIA.—Sí, sí, eso ha dicho.

BOLVOS.—Ha dicho abandonar. Luego esa mujer se ha ido definitivamente.

EDUARDO.—Sin esperanza de que vuelva, sí, señor. Estoy absolutamente seguro. ¡Bien me han fastidiado!

BOLVOS.—¿A usted también?

EDUARDO.—Como a un mentecato. Yo le he prestado mil francos a Fonseca. Ya puedo despedirme de ese dinero. A estas horas deben estar los dos con rumbo a la Argentina.

BOLVOS.—¿Se han ido juntos?

EDUARDO.—Juntitos. Yo he seguido toda su aventura desde los entremeses hasta el helado, porque nos ha dejado helados a todos. El idilio comenzó hace tres semanas, cuando él la propuso llevársela y casarse con ella. Ella al principio no le hizo caso; mas poco a poco se fué enamorando y se marchó con él. Crisis románticas de las mujeres.

VALENTIN.—Es el golpe final. (*Se pone de pie.*)

MILLENON.—(*Muy furioso.*) Si tuviera yo aquí, a mano, a esa pécora...

EDUARDO.—(*Mirando a los acreedores.*) Por lo visto ha dejado aquí cola.

BOLVOS.—(*Con calma.*) Sí, y bien larga. Ya sabemos a qué atenernos.

HORTENSIA.—Habrá que hacer almoneda de todo.

VALENTIN.—La pérdida será enorme.

HORTENSIA.—Vestidos de dos mil francos que tendré que revender a seiscientos en las tiendas.

BOLVOS.—Realmente será una lástima. Sin embargo, yo...

MILLENON.—(*A Bolvos.*) Y usted, Roschild, si tiene alguna combinación este es el momento de decirla.

EDUARDO.—Padre Bolvos, ¿ya no me necesita usted?

BOLVOS.—(*Reflexionando.*) Espere un momento, amigo Eduardo.

HORTENSIA.—Yo me voy. No puedo estar aquí un minuto más.

BOLVOS.—Un instante, señores. No se vayan. Me parece, me parece, que voy a tener una idea. La siento germinar.

VALENTIN.—Dígala pronto.

BOLVOS.—Todavía no está bien precisada. Por el momento, sólo pienso en la situación... Yo medito... delante de esta jaula abierta.

HORTENSIA.—De la cual la pájara ha volado.

BOLVOS.—Sí, pero nos queda la jaula, que es lo principal. Todo lo que hay aquí es nuestro.

MILLENON.—(*Burlón.*) ¿Y qué quiere usted hacer aquí? ¿Un cine? ¿Un bar? ¿Una casa de banca?

BOLVOS.—Es muy sencillo. En nuestros días, ¿qué es lo importante para una mujer galante? ¿La belleza?

HORTENSIA.—No, señor. Es el *chic,* la elegancia.

BOLVOS.—¿Por qué viene a visitarles la gente? Es acaso por su ingenio, por su gracia?

VALENTIN.—Nada de eso. Vienen a verlas porque han sabido rodearse de comodidades, porque viven con lujoso tren...

BOLVOS.—Pues entonces...

MILLENON.—Tengo gran curiosidad por saber qué es lo que está usted pensando.

BOLVOS.—Por el momento sólo veo la necesidad de un consorcio. (*Mirando a Millenón.*)

MILLENON.—¿Es a mí a quien le llama usted eso?

HORTENSIA.—Consorcio quiere decir asociación.

BOLVOS.—Exactamente. Yo sólo veo aquí un consorcio de acreedores.

VALENTIN.—¿Qué nos llevará a dónde?

BOLVOS.—A recuperar el dinero. Nuestra cliente se ha declarado en quiebra, pero nosotros tenemos los fondos.

MILLENON.—(*Que no comprende.*) ¿Los fondos de qué?

HORTENSIA.—Parece usted simple. No entiende nada. Los fondos son el hotel, los muebles, los vestidos, en fin, todo.

BOLVOS.—Acaba usted de decir la pura verdad. En nuestra época todo eso es lo único que tiene importancia.

EDUARDO.—¡Ah, padre Bolvos, ya le veo a usted venir! ¡Es usted admirable!

VALENTIN.—También lo he comprendido yo. Lo que usted piensa es instalar aquí a otra mujer, ¿no es eso?

BOLVOS.—Naturalmente.

HORTENSIA.—¿Pero dónde encontrar la mujer que ofrezca suficientes garantías?

BOLVOS.—Eso es asunto mío...

MILLENON.—Perdón. Estas combinaciones a mí no me van.

BOLVOS.—Pero puesto que usted forma parte del consorcio...

MILLENON.—¡Ah, si es que yo formo parte de eso que usted dice..., entonces...

BOLVOS.—Eduardo, ¿conoce usted a alguna muchacha en las condiciones que necesitamos? (*A los otros.*) Eduardo lleva un cuaderno de anotaciones que es famoso en todo París.

EDUARDO.—(*Sacándolo.*) ¿Qué condiciones particulares tiene que reunir?

BOLVOS.—Hace falta que tenga aproximadamente la estatura de Gibry.

HORTENSIA.—¿Por qué?

BOLVOS.—Para que pueda aprovechar sus vestidos.

HORTENSIA.—¡Para que puedan servirle los vestidos! Este hombre es admirable. Piensa en todo.

EDUARDO.—(*Leyendo.*) Vamos a ver. Dorina de Raymond.

BOLVOS.—La conozco. No sirve. Tiene unos mofletes como una pepona!

EDUARDO.—Ninón Fardel. Figura ideal, un cuerpo lindísimo...

BOLVOS.—Lo tenía cuando se firmó el armisticio de la gran guerra. Además, sus dientes, unos los tiene montados en oro y otros en platino. Como ven ustedes, es una boca de precio.

EDUARDO.—Ya lo sé. Pero piense en las joyas que tiene y en las cibelinas que lleva.

BOLVOS.—Ya lo oyen ustedes. Esa es una prueba más de que es sólo el lujo lo importante. A ver otra.

EDUARDO.—(*Leyendo.*) Elisa Vancubert, calle del Coronel Re-

nard, 27. Teléfono 422. Sabe inglés, comprende el vasco, tiene *chic*, una dentadura completa y bonito pelo. Desde las cinco de la tarde, sobre todo, el efecto que produce es inmejorable. Visible todos los días, menos los viernes.

MILLENON.—¿Y eso, por qué?

EDUARDO.—Come con su familia. Observaciones. Se embriaga con alguna frecuencia y tiene mal vino.

BOLVOS.—Entonces rechazada.

TODOS.—Por unanimidad.

EDUARDO.—(*Hojeando el cuaderno.*) Lulú Biscuit. Esta va muy bien. Bonito físico...

BOLVOS.—Eso no tiene importancia.

EDUARDO.—Buena estatura, muy formal y un aire muy elegante.

BOLVOS.—Pues veamos esa.

EDUARDO.—Come todos los días en el restorán de casa. ¿Telefoneo?

BOLVOS.—Sí, vaya. Ahí está el aparato.

EDUARDO.—(*Al teléfono.*) Central, Gutemberg, 99-99. (*Pausa.*) ¿El restorán de las Rosas? Bien. ¿Es usted Federico? Aquí, Eduardo, el "maitre d'hotel". A Justino que se ponga al aparato.

BOLVOS.—Dígale a esa muchacha que tome un taxi y que venga a escape.

EDUARDO.—¿Eres tú, Justino? Dime qué señoras están comiendo ahí ahora. Está bien. ¿También Lulú Biscuit? ¿Y no está sola? Dila que hay para ella una combinación magnífica, como nunca la podía esperar. Que tome un taxi, y que venga al 17 bis de la rue Louriston. Nada más. Amigo Bolvos. La señorita Lulú estará aquí antes de cinco minutos.

BOLVOS.—(*Metiéndose la mano en el bolsillo como para sacar dinero.*) Muchas gracias, Eduardo. ¿Ha dicho usted que Fonseca se le ha ido con mil francos? Los encontraremos. Cuente usted conmigo para ello. (*Saca la mano del bolsillo, y de él un pañuelo. Se sueña y después da la mano a Eduardo.*)

EDUARDO.—Eso no me preocupa. (*A los demás.*) Ustedes son los que ya pueden estar tranquilos. No hay en el mundo un hombre como el padre Bolvos para conseguir que recuperen su dinero.

BOLVOS.—Basta de cumplimientos, Eduardo. Siempre a su disposición y para servirle.

EDUARDO.—(*Estrechando su mano a todos.*) Mientras llega ese momento soy yo el que está al servicio de todos. Señora, caballeros... (*A Millenón.*) Querido consorcio... (*Mutis foro, acompañado por Bolvos hasta la puerta.*)

ESCENA VI

BOLVOS, HORTENSIA, MILLENON, VALENTIN y, luego, CLOTILDE.

BOLVOS.—(*Frotándose las manos.*) ¿Qué tal? Me parece que está bien encarrilado el asunto.

HORTENSIA.—Es usted un águila para los negocios.

MILLENON.—Yo digo que meterme así en esta clase de combinaciones...

BOLVOS.—Qué, ¿sienten ustedes escrúpulos?

VALENTIN.—Hablando con toda claridad, lo que usted nos propone es lanzar una muchacha que alegre la vida al Universo.

HORTENSIA.—Es un poco humillante para nosotros.

BOLVOS.—¿Pero ustedes no eran los proveedores de la señorita Gibry? Me figuro que ya imaginarían que el dinero que ella les daba no procedía de la herencia de algún tío suyo arzobispo.

HORTENSIA.—Si uno se fijara en esos detalles no se trabajaría.

BOLVOS.—Nosotros somos gentes de negocios y hay que dejar a un lado el sentimentalismo. Mi finalidad en este asunto es bien terminante. Evitar la quiebra de una industria en la cual nosotros tenemos capitales comprometidos.

VALENTIN.—¿La Gibry una industria?

BOLVOS.—¿Ustedes no la proporcionaban las primeras materias? Cuando los comanditarios de una sociedad advierten que el director de la misma no está a la altura debida, le reemplazan.

VALENTIN.—Pero eso es en una sociedad.

BOLVOS.—Es claro. En el caso en que estamos, el director ha presentado la dimisión. La plaza está vacante. Ha llegado el momento de nombrar un técnico.

MILLENON.—¿Un técnico?

BOLVOS.—Utilizad siempre la competencia. Este es el secreto del triunfo.

VALENTIN.—Oyéndole a usted se creería que se trata de explotar una mina de carbón.

BOLVOS.—No veo diferencia ninguna. Además, no podemos elegir. El medio que yo les propongo a ustedes es el único que puede permitirles cobrar sus deudas y conservar una cliente. (*Va hacia el foro.*)

VALENTIN.—Desde ese punto de vista, este señor tiene razón.

CLOTILDE.—(*Anunciando.*) La señorita Lulú Biscuit.

BOLVOS.—Que espere un momento. Yo avisaré. ¿Qué, se deciden ustedes? (*Mirándose unos a otros.*)

TODOS.—Decididos.

BOLVOS.—(*Va hacia el foro y llama al timbre.*) Que sea enhorabuena.

(*Clotilde entra acompañando a LULU.*)

ESCENA VII

DICHOS y LULU.

(*Valentín y Hortensia se han sentado a la derecha, Millenón y Bolvos de pie. Entra Lulú, vestida de una manera inconcebible. Por lo rara que va vestida, su entrada hace sensación. Lulú entra con arrogancia y saluda. Hay una pausa, y aunque nadie la dice nada, ella avanza hasta la mitad de la escena.*)

HORTENSIA.—(*En voz baja, después de haberla contemplado.*) ¡Pero esta mujer es imposible!

VALENTIN.—Su amigo Eduardo. (*A Bolvos*) se ha divertido con nosotros. Pero si esto hace reír.

BOLVOS.—(*Mirándola largamente.*) En efecto, yo no esperaba...

VALENTIN.—Póngala usted en la puerta en seguida.

MILLENON.—A mí me gusta mucho esta mujer.

VALENTIN.—¿Lo ve usted? Le gusta a este hombre. Es cuanto hay que decir.

BOLVOS.—(*Vacilando.*) La verdad, yo...

LULU.—(*Viendo que todos los miran con mucha atención.*) ¿Quieren ustedes que me ponga de perfil? ¿O de espaldas para que me vean mejor?

BOLVOS.—Señorita, es que...

LULU.—Yo no tengo prisa, sigan mirándome.

HORTENSIA.—(*Sin quitarla los impertinentes.*) No es posible, no es posible.

LULU.—(*Mirándoles también.*) No he querido perder un minuto, porque no me gusta hacer esperar a nadie.

BOLVOS.—¡Ah!...

LULU.—(*Sentándose a la izquierda.*) He reflexionado con la viveza de un relámpago y me he decidido a venir en seguida. Sé que Eduardo no habla nunca para no decir nada. Su llamada al teléfono me interesó, y aquí me tienen ustedes.

BOLVOS.—Es usted una mujer decidida.

LULU.—En los negocios hay que ser así.

BOLVOS.—En efecto.

LULU.—Hay que saber estar siempre el primero sobre el terreno. Los más listos son menos fuertes que los que madrugan, como dice Martín.

BOLVOS.—¡Ah! ¿Martín dice eso? Ese Martín es un amigo.

LULU.—Mi único amigo. Es preferible ser una muchachita seria y formal a que la conozca a una todo el mundo.

BOLVOS.—(*Agradablemente sorprendido.*) Sí, parece usted una muchachita formal.

LULU.—Absolutamente formal.

BOLVOS.—Me parece muy bien. (*Pausa. Mirando a los otros.*)

LULU.—Martín, que es mi amigo, tiene una modesta joyería, y todas las noches al cerrar la tienda nos distraemos haciendo juntos la contabilidad. Esto me entretiene, y al mismo tiempo me instruye.

VALENTIN.—(*Desdeñoso.*) Por lo que dice la señorita es demasiado casera. Y no es eso, precisamente...

LULU.—(*Un poco ofendida.*) Soy una mujer de orden, alegre cuando es preciso, loca si llega el caso, pero sin perder nunca la brújula. Y basta de vana palabrería. A mí me han llamado y aquí estoy. ¿Por qué y para qué?

HORTENSIA.—(*A Valentín.*) Es muy vulgar.

VALENTIN.—El caso es, señorita, que...

LULU.—(*Pausa.*) Creo que no me habrán hecho ustedes venir para nada.

MILLENON.—Aquí de lo que se trata es de tener, como si dijéramos...

VALENTIN.—No, usted no hable.

BOLVOS.—Se trata de un asunto importante, señorita.

LULU.—Bien, ya escucho.

VALENTIN.—El caso es que...

LULU.—Basta de palabras inútiles. Ustedes buscan una mujer, puesto que me han mandado llamar.

HORTENSIA.—Sí, buscamos una mujer, en efecto, pero no nos importa cuál.

VALENTIN.—Señorita, nos parece inútil seguir hablando.

BOLVOS.—Un momento. Señorita Lulú, ¿es usted ambiciosa?

LULU.—Sí, lo soy. Me gustaría elevarme, remontarme a otras alturas. Cuando yo carecía de todo, ambicionaba lo que hoy tengo, pero ya conseguido, veo que es muy poca cosa y aspiro a más. ¡Para triunfar en grande hacen falta tantos detalles!...

BOLVOS.—¿Cuáles son?

LULU.—Todos los que yo no tengo. Soy sincera. Cualquiera otra mujer, hoy mismo, en mi lugar, estoy segura de que hubiera pretendido deslumbrarles. Pero yo sé que es inútil. Yo no quiero ha-

cer pasar a ustedes estas pieles de liebre por martas cibelinas. (*Señalándolas.*) Si yo le dijera que mi sombrero es el último modelo de la casa Lewis, ustedes se burlarían de mí. Cuando una se lanza se imagina que a los tres meses va a tener un magnífico "auto". ¡Forja una tantas quimeras!...

BOLVOS.—¿Y usted no cree en la suerte?

LULU.—¿Yo? ¿Para qué? ¡La suerte parece a veces una cosa tan premeditada!...

BOLVOS.—(*A los otros.*) ¿Qué tal?

HORTENSIA.—Muy interesante. Lo que ha dicho revela que es una mujer inteligente.

LULU.—¿Es eso todo lo que tenían ustedes que decirme?

VALENTIN.—(*A Bolvos.*) Hace usted mal en insistir, créame.

BOLVOS.—No soy de esa opinión.

LULU.—Ahora me toca a mí preguntarles. ¿Para qué me necesitan? A ver, pronto.

HORTENSIA.—Señorita, entendemos que se trata de una proposición que la conviene .

LULU.—Mejor, porque le advierto que yo no soy lo que ustedes creen. Yo tengo ideas muy nuevas sobre la vida, y a tal punto las tengo, que si pudiera llevarlas a la práctica sería algo extraordinario.

BOLVOS.—Acabo de comprender que estamos hablando con una muchacha de talento, y voy a hablarle a mi manera; esto es, en negociante.

LULU.—"All rigth".

BOLVOS.—(*Mostrándole la casa.*) ¿Usted ve este hotel, hija mía?

LULU.—(*Levantándose.*) Es de un gusto perfecto (*Valentín y Millenón se levantan y se inclinan*), dentro, naturalmente, del estilo estrambótico y sensacional del momento.

VALENTIN.—¡Encantados! ¡Qué buen gusto tiene!

BOLVOS.—(*Cogiéndola de la mano y llevándola a la puerta de la izquierda.*) Esos armarios que usted ve están llenos de preciosos vestidos, de ropa blanca.

HORTENSIA.—(*Levantándose.*) No falta ni una sábana, ni una mantelería.

BOLVOS.—(*Llevándola hacia la derecha.*) Vea usted cómo brilla la plata sobre los aparadores. En la cocina está el personal completo.

LULU.—(*Burlona.*) ¿Es que tiene usted intención de ofrecerme todo esto?

BOLVOS.—Si se lo ofrecieran a usted, ¿qué diría?

LULU.—¿Qué diría? Pues que... (*Con anhelo. Reprimiéndose.*) Lo primero, que deseaba conocer las condiciones en que se me daba.

MILLENON.—Todavía hace remilgos.

BOLVOS.—Calle. La señorita Lulú tiene una manera de encauzar las cosas que me seduce.

LULU.—(*Pausa.*) ¿Me ofrece usted todo esto en serio?

BOLVOS.—Muy en serio. El caso es el siguiente: La señorita de Gibry, que habitaba este hotel, acaba de abandonarlo.

LULU.—¿Se retira?

MILLENON.—No. Se ha escapado con un sinvergüenza.

LULU.—Siempre hay mujeres tontas. No todas saben tener cabeza. ¿Y qué más?

BOLVOS.—Al escaparse esa señorita ha dejado un pasivo grande, porque todo lo que hay aquí se debe todavía. Y...

LULU.—Es suficiente. Ya he comprendido. Ustedes son los acreedores.

MILLENON.—Nosotros somos eso del consorcio.

LULU.—Ya, ya. La situación para ustedes es amarga y pretender recuperar su dinero, ¿no es eso?

VALENTIN.—Justo. Buscando un inquilino que aceptara la situación. (*A Bolbos.*) Como es lista, ya me habrá entendido.

LULU.—Comprendo, comprendo. No son ustedes tontos, no Es maravillosa esa combinación. (*Pausa. Frunciendo el entrecejo.*) Me interesa este asunto. Claro está que yo necesito informarme de todo y saber los cargos y compromisos que ustedes exigen y a lo que yo me obligo.

BOLVOS.—Aquí todo está por hacer, señorita. Y usted, que parece tener mucho talento y felices iniciativas, según nos han dicho, sabe mejor que nosotros lo conveniente del caso.

LULU.—Magnífico. (*Paseando por la escena.*) Yo me instalo aquí y todo correrá por mi cuenta, activo y pasivo. Yo sabré desenvolverme. ¡Ahora si les parece a ustedes que discutamos un poco la cuestión metálica!

VALENTIN
HORTENSIA. } ¿Cómo?

LULU.—Yo necesito algún dinero para preparar mi plan. En este preciso momento soy dueña de treinta y seis francos, capital e intereses comprendido. Ya supondrán que con esta miseria no puedo hacer frente a nada.

HORTENSIA.—Pero, ¿cómo? ¿Encima nos pide dinero?

BOLVOS.—Y con razón, y con muchísima razón. Yo me encargo de proveer los primeros gastos. Desde luego, usted indemnizará a los criados de la casa de lo que se les debe, conservándoles además a su servicio.

LULU.—Conforme.

HORTENSIA.—Reconocerá usted, señorita, que depositamos en usted una confianza...

LULU.—Enorme, sí, pero no tema usted nada. Nosotros nos obligaremos recíprocamente por un contrato en buena y debida forma.

HORTENSIA.—¿Un contrato?

MILLENON.—Por mi parte, si hace falta, lo elevaremos a escritura pública.

HORTENSIA.—Usted bromea, señorita.

LULU.—Nunca traté en broma los negocios.

MILLENON.—(*Riéndose, a Bolvos.*) ¿Está usted oyendo? Aquí tiene usted una magnífica ocasión para crear una sociedad.

BOLVOS.—(*Muy serio.*) En eso estaba pensando precisamente.

LULU.—¡Claro! Una sociedad, ni más ni menos. Yo sé perfectamente cómo eso se practica. Me lo ha explicado Martín muchas veces: la mitad para el socio industrial y la mitad para el socio capitalista. Eso es lo justo y lo lógico.

MILLENON.—Eso es, el cincuenta por ciento para cada uno. Es demasiado.

LULU.—¿Demasiado? ¿Ustedes no piensan en que sin mí lo perderían todo? Además, en este punto no admito discusiones. O se acepta mi proposición o no hemos dicho nada.

HORTENSIA.—Aceptamos, aceptamos.

LULU.—Claro es que yo continuaré siendo su cliente. Usted seguirá proporcionándome vestidos y ropa blanca, ¿verdad, señora?

VALENTIN.—Yo seguiré siendo su decorador.

LULU.—¿Y usted qué es aquí?

MILLENON.—Yo, albañilería, fontanería, carpintería y similares.

LULU.—¿Nada más que eso? ¿Y usted, el de las gafas?

MILLENON.—¿El? El acaba de formar esta sociedad y ya está contento.

BOLVOS.—Cierto. (*Completamente extasiado.*) Yo había lanzado tres casas de comercio, un bar y una pequeña mina de fosfatos, pero nunca una mujer en comandita.

LULU.—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

(*Pausa. Todos se miran.*)

VALENTIN.—(*Decidiéndose.*) Pues bien, sea, yo acepto; después de todo, puesto que uno puede salvar su dinero, tonto sería rechazar la ocasión.

HORTENSIA.—Es cierto. ¿Y usted, Millenón?

MILLENON.—Yo tengo familia y no debo perjudicarla.

HORTENSIA.—En ese caso yo no tengo nada que decir.

BOLVOS.—(*Yendo apresuradamente hacia Hortensia.*) ¿Cómo? ¿Rehusa usted?

HORTENSIA.—No, no. Yo acepto. Yo estoy estupefacta, pero yo acepto.

LULU.—Me alegro mucho. Comprendo sus escrúpulos. Ustedes además se muestran un poco vacilantes porque me ven así ataviada, pero en cuanto yo me vista bien, ya verán ustedes. Yo tengo una figura escultural.

MILLENON.—Puede uno apreciar personalmente eso que usted dice. (*Acercándose a ella.*)

LULU.—¡Eh! ¡Arriba las manos! Y ojo con equivocarse. A mí hay que respetarme por encima de todo. (*A Bolvos.*) El capital no debe propasarse.

BOLVOS.—Tiene usted mil veces razón. (*Frotándose las manos.*) Voy a redactar el contrato. (*Se dirige hacia el foro.*)

LULU.—Oiga. El contrato hecho seriamente, en papel sellado.

BOLVOS.—(*Volviendo junto a Lulú.*) Esté tranquila. ¿Cuál es su verdadero nombre?

LULU.—Ana Petillón; pero tome nota del nuevo nombre que voy a adoptar, porque a partir de hoy me llamo Elena Vouvray.

BOLVOS.—Bravo. Muy bonito. Es un nombre elegante, espumoso y muy parisién. Señorita Elena Vouvray. Voy a confirmar nuestro acuerdo. (*Bolvos hace mutis.*)

LULU.—(*En el mismo tono, acompañándole hasta el foro y con las manos cruzadas sobre la espalda.*) Esperaba con impaciencia su muy grata de hoy...

ESCENA VIII

DICHOS, menos BOLVOS; luego CLOTILDE.

ELENA.
LULU. } (*Acercándose a Hortensia.*) Es simpático el viejecito, ¿eh? ¿Se le ha ocurrido a él todo esto?

HORTENSIA.—El señor Bolvos ha tenido la amabilidad de tomar la defensa de nuestros intereses.

ELENA.—Dígame, señora, ¿y dónde están los trapos?

HORTENSIA.—¿Los trapos? ¡Oh! Los vestidos quiere usted decir, ¿verdad, señorita? (*Va hacia la derecha y vuelve con uno color de malva.*)

ELENA.—Es precioso.

HORTENSIA.—Es usted una mujer de gusto. Este vestido lo bauticé con el nombre de "El pecado del vicario". ¿Le gusta el tono de color?

ELENA.—Es bonito. Yo para esto de los vestidos tengo un arte

especial. Cada hora requiere un color. Le encargaré a usted cosas preciosas. (*Coloca el vestido en el respaldo de una silla.*)

HORTENSIA.—Este vestido es el último grito de la moda.

ELENA.—Mire, precisamente yo no quiero nada del último grito. Soy yo la que quiero dar el grito primero. Ya hablaremos de esto Tengo mis ideas personales.

HORTENSIA.—¡Dios mío, qué extravagancias se le ocurrirá encargarme?

(*Entra Clotilde.*)

ELENA.—¿Qué quiere usted? ¿Es usted la doncella?

CLOTILDE.—Vengo a recibir órdenes.

HORTENSIA.—Se llama Clotilde.

ELENA.—(*A Clotilde.*) Bueno, ya sabe que desde hoy soy el ama de esta casa. ¿Quiere usted quedarse a mi servicio?

CLOTILDE.—Si la señorita no tiene inconveniente...

ELENA.—Desde hoy tiene usted veinte francos más de salario. ¿Está usted conforme?

CLOTILDE.—Ya lo creo.

ELENA.—¿Es usted chismosa?

CLOTILDE.—¡Por Dios, señorita!

ELENA.—¿Cuántos forman ustedes la servidumbre?

CLOTILDE.—Cuatro: Víctor, el "chauffeur"; el criado, el cocinero y yo.

ELENA.—Seguirán todos hasta nueva orden y pagaré a todos lo que se les debe. Usted, desde hoy, me hará el favor de vestirse un poco más coquetonamente. La seriedad no va ser el distintivo de esta casa.

CLOTILDE.—La señorita Gibry prefería...

ELENA.—No tengo nada que ver con esa señorita. Conmigo aquí va a cambiar todo.

CLOTILDE.—Está muy bien.

ELENA.—Diga usted que preparen comida para cinco personas. Tengo convidados. Marchen.

CLOTILDE.—(*Saludando militarmente.*) Está bien, señorita.

ELENA.—Yo les espabilaré a todos. (*Viendo todo lo que hay a su alrededor.*) Aquí hace falta alegría, actividad, buen humor. A las gentes de hoy no les gusta más que eso. Hay que marchar a ciento por hora. Hoy no estamos en los tiempos de la Dama de las Camelias.

VALENTIN.—Acaso debamos sentirlo.

ELENA.—¿Usted cree que Armando Duval le pagaría a usted facturas de cincuenta mil francos? No, amigo mío, no. Si hoy viviera la Duplessis se arreglaría con las floristas para vender sus camelias después de haberlas llevado una noche.

ESCENA IX

DICHOS y BOLVOS.

ELENA.—(*A Bolvos.*) ¿Trae usted ya el papelito?

BOLVOS.—Aquí está.

ELENA.—Las cosas así, en caliente; no hay que perder tiempo.

HORTENSIA.—¿Pero el contrato es absolutamente preciso?

ELENA.—En cuestiones de dinero es indispensable. Es el único modo de obligarse los unos a los otros.

MILLENON.—Muy bien dicho.

BOLVOS.—¿Si quieren hacer el favor de sentarse? (*Todos se sientan.*) Voy a leer el documento. (*Didácticamente.*) Natural es que no se podía formar una sociedad anónima ni de participación.

HORTENSIA.—Claro.

BOLVOS.—Sino una sociedad en comandita por acciones. Y para ello he tomado por modelo el contrato que redacté el mes pasado para los famosos sostenes Venus y Compañía.

HORTENSIA.—Supongo que no irá usted a hacer pública esta razón social.

BOLVOS.—Tranquilícese, señorita. Este contrato quedará entre nosotros.

MILLENON.—(*A Valentín.*) Y que este hombre sabe de leyes más que Poincaré.

BOLVOS.—Reclamo silencio. "Se conviene entre las partes contratantes un acuerdo redactado en los siguientes términos: Primero. Se crea una asociación entre los firmantes cuyo objeto es poner en circulación a la señorita Ana Petillón, por otro nombre Elena Vouvray. Sus comanditarios proveerán a dicha persona, que acepta, los medios materiales que le permitirán suceder en su puesto a la señorita de Gibry, actualmente declarada en quiebra en la gran fiesta parisién."

HORTENSIA.—En qué términos tan delicados están dichas esas cosas.

BOLVOS.—"Artículo 2.º Se crean cuarenta acciones de mil francos cada una, repartidas entre los firmantes del presente documento en las proporciones que abajo se indican. Artículo 3.º La señorita Vouvray se compromete en caso de triunfar a entregar a los comanditarios la mitad de todos los beneficios netos que ella obtenga; la otra mitad le será adjudicada como premio por el florecimiento de la sociedad. Artículo 4.º La señorita Vouvray se com-

promete a surtirse de vestidos y ropa blanca en casa de Hortensia Hermanas, de muebles en casa de etc., etc. y etc."

ELENA.—Muy bien, perfectamente bien. No perdamos un minuto. A firmar. (*Se levanta y firma.*)

HORTENSIA.—(*Cuando va a firmar.*) Quede bien entendido que nadie sabrá nada de esto.

BOLVOS.—Nadie. ¡Y bien que lo siento! (*Hortensia firma y Bolvos pasa el papel a los otros que firmen también. Mientras firman, Elena va al timbre y llama.*)

ELENA.—Traiga una botella de Oporto y unas copas. (*A Clotilde.*)

CLOTILDE.—Está ahí mismo, señorita. (*Abre un mueblecito, saca la botella y las copas y las llena.*)

HORTENSIA.—Estoy, estoy...

BOLVOS.—Está usted muy contenta.

HORTENSIA.—Sí, señor, e indignada al mismo tiempo. Mi indignación es igual a mi alegría.

ELENA.—(*Cogiendo el contrato que dobla y se guarda. Levantando su copa.*) Ahora, señores, a la salud de Elena Vouvray y compañía.

MILLENON.—Es de primera. Otra copita más.

ELENA.—(*Sirviéndole.*) Las que quieras, elegantito.

VALENTIN.—(*A Bolvós.*) ¿No le parece a usted que es un poco a la pata la llana?

BOLVOS.—Es la mujer del momento. Crea usted en mi buen olfato.

ESCENA X

DICHOS y LULU BISCUIT.

CLOTILDE.—(*En el fondo.*) Señorita... Aquí está la señorita Lulú Biscuit. (*Entra una joven muy elegante.*)

TODOS.—¿Lulú Biscuit?

ELENA.—¡Diablo! Si me descuido...

BOLVOS.—¿Qué es esto?

HORTENSIA.—¿Lulú Biscuit?

LULU.—Buenos días, señoras y caballeros. ¿Quién de ustedes me ha mandado llamar de parte de Eduardo?

VALENTIN.—(*A Elena.*) ¿Qué quiere decir esto, señorita?

ELENA.—Esto quiere decir... (*A Lulú*) que en los negocios no hay que dejar que se adelante nadie. Yo estaba en el tocador hace media hora, cuando Justino le dió a usted el recado de Eduardo,

pero la señorita quiso a toda costa acabar de comer y hacerse esperar. Cuando yo vi eso, me adelanté y vine corriendo.

LULU.—Pero esto es una competencia desleal. Tiene usted un desahogo...

ELENA.—Es preciso para andar por la vida, y mucha decisión además. Esto le servirá de lección para otra vez. Por el momento, ya lo ve, la plaza está ocupada. Aquí estoy y aquí me quedo, como dijo no sé quién. (*A Bolvos.*) ¿No es así?

BOLVOS.—Muy bien.

ELENA.—(*Señalando la puerta a Lulú.*) Hasta la vista, señorita. No la necesit-mos a usted. Y para el porvenir supongo que se acordará de que el tiempo es oro.

LULU.—(*Furiosa.*) Valiente fresca. La culpa me la tengo yo por haberme molestado a venir.

ELENA.—Clotilde, acompañe usted a esta señorita. (*Mutis de las dos.*)

BOLVOS.—(*Entusiasmado.*) Es maravilloso.

VALENTIN.—¿Usted cree?

BOLVOS.—Es un golpe maestro sencillamente. Señorita Elena, ha representado usted su papel a la perfección. Me ha asombrado usted, y le aseguro que para asombrarme yo de nada en este mundo..., ¡ya se necesita!

ELENA.—Es la lucha por la vida. Y ahora, a la mesa.

HORTENSIA. }
VALENTIN. } ¿A la mesa?

ELENA.—Supongo que no se negarán ustedes a acompañarme. (*Señalando a la izquierda.*)

HORTENSIA.—La verdad, puesto que estamos todos de acuerdo...

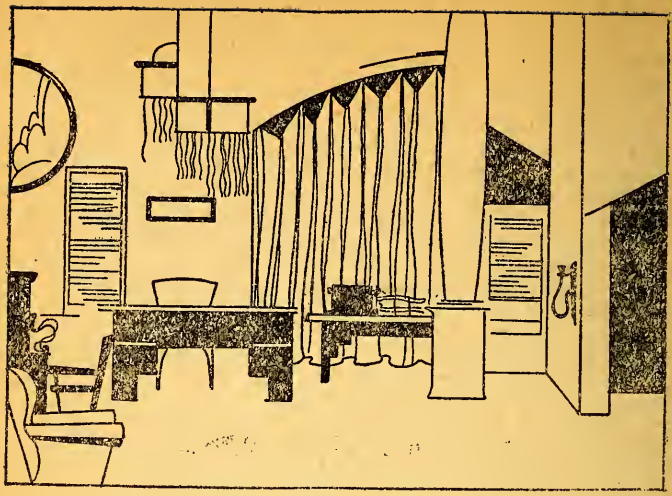
ELENA.—¿Come usted también con nosotros. señor Millenón?

MILLENON.—(*Levantando la copa.*) No faltaba más. El vino es bueno. Mi mujer no se enfadará, porque cuando ella se entere de que soy todo un señor consorcio. (*Valentín y Bolvos ofrecen el brazo a Elena.*)

ELENA.—Pues a la mesa.

MILLENON.—Bien, vamos; pero yo no me separo de este amigo. (*Levantando en alto la botella de Oporto*) ni de esta amiga. (*Por Elena.*)

TELON



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior, pero transformada en un despacho. Mesa, butacas, sillas, mesita con máquina de escribir. Otra mesa adosada a la pared con teléfono, un tubo acústico en la pared. Sobre la mesa un cuadro telefónico para la llamada. Al fondo un fichero, otro a la izquierda, libros, legajos de papeles atados con balduque, carpeta, mesa grande de paño verde. Agendas, copiador de cartas. En las paredes, ganchos para sujetar cartas y papeles. En el techo, lámpara de luz indirecta. En fin, un verdadero despacho de oficina. Plena luz. Es de día. Un gran cartel que dice: "La visita corta, muy corta. Tenemos mucho que trabajar".

ESCENA PRIMERA

PABLO EMILIO, MALVA y, luego, CLOTILDE.

(Al levantarse el telón MALVA está escribiendo a máquina. PABLO EMILIO, hombre de cierta edad y de aspecto poco seductor, está sentado ante el cuadro telefónico. Se nota gran actividad. Suenan timbres, el teléfono, etc., etc.)

PABLO.—*(Al teléfono y con voz imperiosa.)* Central... Central.

He pedido comunicación con el 235... ¿Está comunicando?... Bueno... Es que llevo diez minutos en el aparato. (*Cambiando de tono y muy amable.*) Esperaré.

CLOTILDE.—(*Entrando muy de prisa.*) Se acaba de levantar el patrón. Cuidado, señorita Malva.

MALVA.—(*Riendo.*) ¿Cómo el patrón? ¿Así es como llama usted a la señorita?

CLOTILDE.—Claro. En casa de la señorita Vouvray no me parece que soy la doncella, me parece que soy un empleado más de la oficina. (*Vase riendo.*)

PABLO.—(*Al teléfono.*) Gracias, señorita. ¿Es el 235? ¿Casa Fuyan y Pomet? ¿Que si es para el asunto de los algodones? No. Dígale simplemente al señor Pomet que la entrevista queda aplazada para mañana, a las cinco. Sí, eso es todo. El ya comprenderá. Nada más. (*Cuelga el receptor. Suena otro timbre. Cambia de orden las fichas.*)

MALVA.—(*Sin dejar de teclear.*) Yo ya he terminado. Dígame, Pablo Emilio. (*Enseñándole un papel.*) ¿Está bien escrito así vencimiento?

PABLO.—(*Yendo hacia Malva.*) No. Vencimiento, por ahora, se escribe con v. No sé si mañana... Está usted poco fuerte en ortografía. ¿Qué era usted antes de entrar aquí?

MALVA.—Bailarina del Bataclán.

PABLO.—¿Y no le gustaba a usted el arte coreográfico?

MALVA.—No. Me gustaba más una profesión donde pudiera trabajar sentada. ¿Y usted que era antes?

PABLO.—Telefonista del Gran Hotel. (*Suena un timbre del teléfono.*) Y le aseguro que allí había menos trabajo que (*suena otro teléfono*) en esta casa. Le digo a usted que no se para. (*Va al teléfono.*) ¿Con quién hablo? (*Pausa larga durante la cual se encoge varias veces de hombros y hace gestos.*)

MALVA.—¿Qué es ello?

PABLO.—¿Usted entiende el inglés?

MALVA.—(*Levantándose.*) ¡Ah! ¿Es un inglés? Me encanta esa lengua.

PABLO.—(*Dándole el receptor.*) Pues conteste entonces.

MALVA.—¡Pero si no sé hablar inglés! (*Coge el otro receptor. Pausa.*) ¡Cuántas cosas está diciendo...!

PABLO.—¡Qué lástima que no entendamos una palabra! (*Pausa y sigue escuchando.*)

MALVA.—¡Qué armonioso es el inglés!

PABLO.—Anda, y ahora se enfurece.

MALVA.—¡Qué bien habla! ¡Ah! Y ahora chapurrea en francés unas palabras.

PABLO.—Y bien mal por cierto. Está loco de rabia.

MALVA.—(*Dando un salto y dándole el receptor a Pablo.*) ¡Oh, qué indecente! ¡Vaya usted más allá! ¡Pues hombre!

PABLO.—Que llame otra vez si quiere. (*Cuelga el receptor.*)

(*Entra la señora de PETILLON.*)

PABLO.—Cuidado, lá mamá de la señorita.

(*Malva vuelve a ocupar su sitio.*)

ESCENA II

DICHOS y SEÑORA PETILLON, luego MILLENON.

SRA. PETILLON.—(*Entrando por la izquierda. Es una señora otoñal, pero va vestida como una muchachita y muy retocada.*) Señorita Malva.

MALVA.—Señora.

SRA. PETILLON.—¿No ha venido nadie esta mañana?

MALVA.—Sí, ha venido un periodista, redactor de un periódico de modas.

SRA. PETILLON.—¿Querría ver a mi hija?

MALVA.—No. Deseaba ver el cuarto de baño.

SRA. PETILLON.—(*Molesta*) ¿El baño? Podría usted decir la piscina. Sepa usted, señorita, que la piscina de Elena Vouvray producirá la admiración de todo París. Diez y siete fuentes, agua caliente, fría, tibia, baño de iris, lluvia de rosa, surtidores a capricho para todas las partes del cuerpo. (*Cambiando de tono.*) ¡Oh! Mi hija tiene ideas geniales... ¿Y el periodista ha visto lo que deseaba?

MALVA.—Y ha tomado sus notas y ha dicho que volverá con un fotógrafo.

SRA PETILLON.—Muy bien. Muy bien. Esta es una bonita publicidad. La piscina es digna de la casa.

MILLENON.—(*Saliendo por la derecha con traje de obrero mecánico.*) ¿Está usted hablando de la piscina? Me está haciendo trabajar más que una casa de baños.

SRA. PETILLON.—Lo creo, señor Millenón, ¡pero qué gran reclamo para usted!

MILLENON.—De acuerdo. No la contradigo, pero me da mucho trabajo. Ya está completamente arreglado todo.

SRA. PETILLON.—¿No funcionaba bien?

MILLENON.—Había un poco de irregularidad. El chorro que apuntaba al costado daba a la nariz, y el de la nariz en el cogote.

SRA. PETILLON.—¿Y ahora?

MILLENON.—Ahora dan en el sitio que apuntan. (*Cambiando de*

tono.) Voy a lavarme las manos. (*Se desabotona la americana azul que lleva y se ve que va bien vestido.*)

SRA. PETILLON.—Señor Millenón. ¡Buen brillante lleva usted en la corbata! Por lo visto los asuntos van bien.

MILLENON.—No hay queja. Desde que la señorita ha transformado el hotel, he copiado para otros clientes ocho veces el comedor y doce la piscina. Voy a seguir mi tarea. (*Mutis foro.*)

(*Suena el teléfono.*)

PABLO.—¿Con quién hablo? Sí, señor. Espere un segundo. (*Poniendo la mano delante del receptor.*) Señora. El señor Pinañer desearía invitar a la señorita pasado mañana al teatro.

SRA. PETILLON.—(*Después de consultar un libro.*) ¿Al teatro? Conteste que sí, pero dígale que no podrá cenar con él.

PABLO.—(*Al teléfono.*) Que la señorita podrá ir al teatro pero cenar con usted le será imposible. Servidor, caballero. (*Cuelga el receptor.*)

SRA. PETILLON.—Ya están ustedes viendo la prueba del éxito. En este momento histórico todo el mundo se disputa el honor de acompañar a mi hija, aunque no sea más que para hacerse ver de las gentes. ¿Cuántas veces han llamado hoy al teléfono, Pablo Emilio?

PABLO.—Catorce, señora. Las llevo apuntadas.

SRA. PETILLON.—(*Mirando el libro.*) Perfectamente. ¿Y lo lleva usted por orden alfabético?... Muy bien. ¡Pero, cómo! ¿Ha dicho usted al fabricante de Lyón que el martes tomaría el té con él? ¿Pero qué ha hecho usted, hombre de Dios, si ese día lo tiene comprometido con el embajador de Checoeslovaquia?

PABLO.—Perdón, señora. A mí se me ha dado una nota diciéndome que el señor embajador comía aquí el miércoles.

SRA. PETILLON.—Pero se dió contraorden. No está usted nunca al corriente de nada. Seguramente no sabrá quién nos honra esta noche con su visita.

PABLO.—No soy curioso, señora.

SRA. PETILLON.—Pues debería serlo. Eso entra en sus atribuciones. Pues nada menos que un grande de España, el marqués de... (*Entra ELENA.*)

ESCENA III

DICHOS y ELENA.

ELENA.—(*Con una negligé muy excéntrica.*) Mamá, ¿a cómo está la peseta?

SRA. PETILLON.—¿Eh? ¿Qué les decía a ustedes? No lo sé, hijita.

ELENA.—Pues hay que saberlo. De hoy en adelante quiero que en este despacho se ponga un cartelito diariamente con la nota de los cambios. Es indispensable. (*Sentándose en el sillón de la mesa grande.*) Vamos a ver lo que tengo hoy que hacer.

SRA. PETILLON.—(*Cogiendo el cuardernito que lleva sujeto con una cadenita a la cintura y leyendo.*) Escucha. Hoy, 29, a la una, comer aquí con el marqués, traje color azufre; a las 3, ir a las carreras, vestido pensamiento de Pascal, que deben traer esta misma mañana de la casa Hortensia; a las cinco, té con el sedero de Lyón "deshabillé" Pompeya; siete, concurso de tango, acompañada del ex ministro socialista, vestido negro número 7; a las nueve, cenar con los aviadores brasileños, vestido color gasolina sin mangas; y, por último, cenar de madrugada en el cafe París, vestido sin nada.

ELENA.—(*Asombrada.*) ¿Cómo sin nada?

SRA. PETILLON.—Quiero decir sin adornos. (*Cerrando el cuadernito.*) Esto es todo.

ELENA.—Me parece que es bastante. Oiga, Pablo Emilio. Que no vuelva a sonar el teléfono. Tengo un poco de jaqueca y me molesta el más leve ruído. Ponga el interruptor.

PABLO.—Pero, ¿y si telefonean?

ELENA.—Me tiene sin cuidado. Váyase. (*Mutis Pablo. Se va.*) ¿No ha telefoneado Bolvos?

SRA. PETILLON.—Que yo sepa, no. Te hubieran avisado.

ELENA.—¡Cuánto tardan!

SRA. PETILLON.—¿Estás esperando alguna cosa?

ELENA.—Sí, espero a una persona que tiene que venir. Con tal de que venga con él.

SRA. PETILLON.—¿Quién?

ELENA.—Mi aviador.

SRA. PETILLON.—(*Frunciendo las cejas.*) ¿Un aviador, hija mía? ¿Y eso, qué quiere decir?

ELENA.—(*Riendo.*) ¿Te inquieta?

SRA. PETILLON.—Es que, cuando, generalmente, una mujer dice "mi" aviador, ¿es que... vas a volar?

ELENA.—Voy a tener mi aero-limousin. Eso es todo.

SRA. PETILLON.—(*Asombrada.*) ¿Piensas hacer en avión tus compras por París?

ELENA.—No estoy loca. Pero como pienso pasar un mes en mi quinta de Marly, me serviré del avión para ir a las carreras. Con eso economizaré tiempo y haré una entrada sensacional en el hipódromo.

SRA. PETILLON.—¿Estás segura al menos de la pericia de ese mecánico?

ELENA.—(*Indignada.*) ¿Un mecánico? ¿Crees tú que yo me contentaría con un mecánico? Es un vizconde, nada menos, el que va a llevar el volante.

SRA. PETILLON.—¿Un vizconde?

ELENA.—Un verdadero vizconde. Bolvos tiene que venir con él esta mañana.

SRA. PETILLON.—¡Cómo está la aristocracia! Es inaudito. ¿Y conoce bien su oficio?

ELENA.—Como yo el mío. Es un as.

SRA. PETILLON.—Ya comprendo. Es un nuevo reclamo. ¡Eres asombrosa!

ELENA.—Acertaste. Todo es reclamo, antes, ahora y siempre. No hay más que eso en la vida. Cuando pienso que hay mujeres que creen que los hombres van a verlas simplemente por su cara bonita...

(*CLOTILDE ha entrado con una mesita con ruedas, sobre la que trae el desayuno.*)

SRA. PETILLON.—Pues en mi tiempo así era.

ELENA.—Si te remontas al diluvio, desde luego. Pero ahora, lo que nos rodea es lo importante. ¿A qué crees que debe su fortuna Mary Wuisord? Pues únicamente a haberse paseado una mañana por el Bosque de Bolonia calzando zuecos. La originalidad es el todo. Yo estoy bien tranquila. Con mi piscina de once fuentes, mi sorprendente instalación de luz y mi aeroplano no temo a nadie.

SRA. PETILLON.—¿Te olvidas de tus chacales domesticados?

ELENA.—No me olvido, pero como tengo que domesticar a tantas personas... Y apropósito: ¿qué es de esos dos pobres animalitos?

CLOTILDE.—Que cada vez despiden peor olor, señorita.

ELENA.—(*Comenzando a desayunarse.*) Y aparte de eso...

CLOTILDE.—Que han devorado dos batas, cuatro cojines, y el renard azul de la señorita.

ELENA.—Que les aproveche. Sin mis chacales no hubiera conocido nunca al Marajah de Kapurtala. Comprenderás, mamá, que entre mis chacales y los galgos de Adriana Dural, el Marajah no dudó un momento.

SRA. PETILLON.—¿Entonces tú no crees que la gente te quiere y admira por ti misma?

ELENA.—No, mamá. Si yo me vistiera mañana como todo el mundo y me rodeara de cosas vulgares, ya verías qué pronto se alejarían de aquí todos mis amigos. Y la verdad es que los hombres están en lo cierto. Ellos quieren siempre la novedad, lo nunca visto y cosas más raras que las que a mí me rodean... ¿Algo interesante en el correo de hoy, señorita Malva?

MALVA.—(*Levantándose y llevando a Elena unas cartas.*) Tres

invitaciones para comer, y cinco para cenar. Pero como la señorita no tiene más que dos días libres en todo el mes...

ELENA.—Pues vaya usted haciendo las inscripciones para el mes próximo por turno riguroso. ¿Se arregló lo del cuarto de baño?

SRA. PETILLON.—Sí, Elena.

ELENA.—¿Y Valentín?

SRA. PETILLON.—Está desde las ocho arreglando la instalación de la luz.

CLOTILDE.—(*Fondo.*) Señorita. El señor Bolvos.

ELENA.—Que pase en seguida. (*Mutis Clotilde.*) A ver si viene con el otro. (*A su madre.*) Vete a ver si estoy por ahí dentro. Y usted también, Malva.

SRA. PETILLON.—(*Muy digna.*) Comprendido, que te dejemos sola. Vámonos, Malva. (*Se van por la derecha.*)

ESCENA IV

ELENA y BOLVOS.

(*BOLVOS entra por el foro vestido de una manera inverosímil, pero demostrando, sin embargo, más cuidado en la indumentaria.*)

ELENA.—(*Ansiosa.*) ¿Qué hay, Bolvos?

BOLVOS.—Hecho. Está ahí. (*Señalando a la puerta.*)

ELENA.—¿Aceptó?

BOLVOS.—Y aquí está el contratito y dos copias. El ya ha firmado. Véalo. Leído y aprobado, Sergio Roberto Renard, vizconde de Charmeret. (*Le entrega los documentos.*)

ELENA.—(*Poniendo sobre la mesa los contratos.*) Bolvos, ¡cuánto le quiero a usted!

BOLVOS.—Despacito, despacito. Me ha costado mucho trabajo. Cuesta muy caro.

ELENA.—¡Qué me importa! ¿Cuánto?

BOLVOS.—No ha querido aceptar menos de 60.000 francos al año. Y eso que yo le tenía entre la espada y la pared.

ELENA.—¿Cómo es eso?

BOLVOS.—Comprenderá usted que, así como así, no se encuentra a la vuelta de una esquina un vizconde para este servicio. Yo desde que tengo algunos fondos a mi disposición me he permitido, y ello me agrada, hacer el bien que puedo. Y cuando sé que alguien está un poco apurado de dinero, pues me apresuro a ir en su ayuda, mediante...

ELENA.—(*Sonriendo.*) Un pequeño beneficio.

BOLVOS.—Nunca más del cincuenta por ciento. Cuando usted me dijo que quería un aviador *chic,* me pensé: Ya lo tengo entre mis clientes, quise decir entre mis relaciones. Entonces, inmediatamente, apreté un poco los tornillos.

ELENA.—¿Qué tornillos?

BOLVOS.—Le amenacé con embargarle. Gastaba mucho. Desde hace algún tiempo estaba con Adriana Dural.

ELENA.—¿Con Adriana? La conozco. Me es inaguantable. ¿Y esa mujer le había comido todo su dinero, verdad?

BOLVOS.—No mucho. Chameret tenía un mediano pasar, pero en fin, lo que sea. Adelante. El caso es que estaba a punto de caramelo para mí. Y el vizconde ha firmado sin leer el contrato.

ELENA.—Como un gran señor.

BOLVOS.—Como un imbécil, debe usted decir. El contrato está hecho por un año y he elevado a cien mil francos de indemnización en caso de imcumplimiento o ruptura del contrato por cualquiera de las dos partes.

ELENA.—¿Y por qué cien mil?

BOLVOS.—Para cogerle mejor. Así estamos seguros de tenerle. Es un hombre un poco difícil.

ELENA.—¿Cómo?

BOLVOS.—Quiero decir que es un hombre muy susceptible.

ELENA.—Esté tranquilo..

BOLVOS.—¿Le digo que pase?

ELENA.—En seguida. Estoy deseando conocerle.

(*Bolvos sale en seguida y entra acompañado de SERGIO, que es un joven muy elegante, muy simpático y de aire muy mundano.*)

ESCENA V

DICHOS y SERGIO.

BOLVOS.—(*Ceremoniosamente.*) Señorita, le presento al señor vizconde Sergio de Charmerét, que va a ser su piloto aviador.

(*Sergio se inclina ligeramente.*)

ELENA.—(*Sentada y comprobando sus papeles.*) Caballero..., me apresuro a decirle que estamos de acuerdo sobre el..., sobre los...

SERGIO.—(*Impasible.*) Sobre mis gajes, señora.

ELENA.—Digamos mejor sus honorarios. Ya he comprado el aparato. Mañana podrá usted verlo. No está aquí porque ya comprenderá...

SERGIO.—(*Muy serio.*) En efecto, a menos de aterrizar en el tejado...

ELENA.—Actualmente lo tengo en mi quinta de Marly. Allí ha una gran pradera que sirve muy bien de aeródromo. Mañana pe dremos probar el aparato.

SERGIO.—(*Frío e irónico.*) Estoy a las órdenes de la señora.

ELENA.—(*Rectificando.*) Señorita.

SERGIO.—(*En el mismo tono.*) Estoy a las órdenes de la señorita.

ELENA.—No vale la pena de hablar en tercera persona.

SERGIO.—(*Siempre con respeto ligeramente irónico.*) Sin embar go, yo me permito indicar respetuosamente a la señorita..., que y no soy...

ELENA.—No siga. Sé con quién estoy hablando. (*A Bolvos.*) E muy distinguido.

SERGIO.—Yo no soy más que su aviador, y me limitaré simple mente a cumplir con mi obligación.

ELENA.—Desde luego. Dentro de unos días iré a instalarme Marly, y mientras, deseo que permanezca en esta casa.

SERGIO.—Como guste la señorita. Pero no veo la necesidad de..

ELENA.—Porque voy a serle franca. Si yo tengo a mi servicio u aviador es sobre todo para que la gente lo sepa y lo vea. Tendr usted una habitación con cuarto de baño. Supongo que será de s gusto.

SERGIO.—¿Dónde comeré? ¿En la cocina?

ELENA.—Con los criados, no. Será usted servido aparte.

SERGIO.—Como una miss inglesa. ¿Y tendré que llevar uniforme

ELENA.—No, caballero.

SERGIO.—Sergio, me llamo Sergio. Pero si este nombre le disgust a la señorita lo cambiaré por el de Bautista o el de Ambrosio.

ELENA.—¿Es que quiere usted burlarse de mí?

SERGIO.—No puedo permitirme esa libertad.

ELENA.—Claro que no.

SERGIO.—A la orden. ¿Manda algo más la señorita?

ELENA.—Usted me habla como si fuera usted un criado, y uste es algo más que eso: es mi aviador; puede haber entre nosotros u poco más de confianza.

SERGIO.—No soy de esa opinión. Yo creo que siempre se debe guardar las distancias entre amos y servidumbre.

ELENA.—(*A Bolvos.*) Es muy impertinente. Me alegro.

BOLVOS.—Entonces... mejor.

ELENA.—(*Volviendo a sentarse.*) ¿De modo que estamos conforme en todo? Cinco mil francos al mes.

SERGIO.—Y el vino comprendido, supongo.

ELENA.—Voy a firmar su contrato. (*Va a su "bureau".*)

BOLVOS.—(*A Sergio.*) Le veo a usted demasiado humilde.

SERGIO.—Creo que estoy en mi papel. (*Pausa.*) Dígame, Bolvos.

BOLVOS.—Diga, mi querido vizconde.

SERGIO.—(*Mirando a Elena.*) ¿Sabe usted que esta mujer me es soberanamente antipática?

BOLVOS.—¡Pero hombre!...

SERGIO.—Además, usted se ha burlado de mí. Usted me ha hablado de una mujer muy *chic,* y ésta no me lo parece.

BOLVOS.—¡Quiere usted callar!

SERGIO.—¿Va siempre así vestida?

BOLVOS.—¡Pero si es elegantísima!

SERGIO.—Sí, pero va muy llamativa.

BOLVOS.—Es Elena Vouvray, la mujer de moda, la mujer del día. En todo París no se habla más que de ella.

ELENA.—(*Levantándose y dando el contrato a Sergio.*) Ahí está firmado. Ya estamos comprometidos, mi señor aviador.

(*Sergio se inclina ligeramente, toma el contrato y va hacia el foro.*)

ESCENA VI

DICHOS y MILLENON, luego SEÑORA PETILLON y CLOTILDE.

MILLENON.—(*Por la primera derecha y limpiándose el sudor.*) ¡Qué calor! ¡Cómo sudo! ¿Está usted aquí, Bolvos? (*Se vuelve a poner el sombrero, que siempre lleva encasquetado.*)

BOLVOS.—¿De dónde sale usted?

MILLENON.—De debajo del baño. Me he hecho un lío con los surtidores. Ahora es el surtidor de los tobillos que llega un metro más arriba. ¿Usted no tendrá inconveniente, para darme yo cuenta, de hacer un ensayo delante de mí? (*A Elena.*)

ELENA.—Acabo de bañarme.

MILLENON.—Pues entonces, usted, Bolvos.

BOLVOS.—Me pide usted un sacrificio...

MILLENON.—Vamos, por una vez, quién iba a saberlo.

SERGIO.—(*A Bolvos.*) ¿Quién es este señor?

BOLVOS.—Es... el fontanero.

SERGIO.—¿Y cómo se permite esas bromas tan chabacanas delante de esta señorita?

MILLENON.—¿Qué dice?

ELENA.—(*Vivamente.*) El señor Millenón es mi... arquitecto.

MILLENON.—(*Furioso, a Bolvos y mirando a Sergio.*) Y este fantoche que pregunta así con ese aire de gran señor, ¿quién es?

BOLVOS.—El aviador de Elena.

MILLENON.—¿El aviador? ¿Cómo es eso? ¿Qué es eso de aviador?

BOLVOS.—Una nueva genialidad de Elena.

ELENA.—¿Quiere usted ver el cuarto que se le destina? (*Llamando.*) Mamá, ven un momento.

MILLENON.—Pero, ¿qué me cuenta usted?

SEÑORA PETILLON.—¿Qué quieres, amor mío?

ELENA.—Ten la bondad de acompañar a este señor y enseñarle el cuarto amarillo, que es el que va a ocupar.

SEÑORA PETILLON.—(*Extasiada delante de Sergio.*) ¡Con mucho gusto! ¡Qué guapo es! Sígame, aviador. (*Mirándole tiernamente.*) Es mi tipo.

MILLENON.—¿Pero esto del aviador lo sabe Valentín?

BOLVOS.—Valentín no sabe nada.

MILLENON.—¡Ah!, pues hay que decírselo, porque esto es trascendental. (*Mutis por la derecha.*)

CLOTILDE.—Ahí están dos caballeros que desean ver a la señorita.

ELENA.—¿Quiénes son?

CLOTILDE.—Me han dicho que son los del neumático, que ya sabe la señorita quiénes son.

ELENA.—¡Ah!, sí. Son los fabricantes del neumático que se hincha solo y quieren que lleve mi nombre. Ahora no puedo recibirles, pero diles que acepto ser la madrina de ese aire comprimido y que a las tres me traigan el cheque de los cien mil francos convenidos. Ande, no les haga esperar.

(*Mutis Clotilde.*)

ESCENA VII

ELENA, BOLVOS, MILLENON y VALENTIN, luego HORTENSIA, MALVA y PABLO EMILIO.

BOLVOS.—Elena: estos señores me han comisionado para que en su nombre eleve ante usted una protesta.

ELENA.—¿Una protesta?

VALENTIN.—Muy justificada.

ELENA.—Bien, ¿qué es ello?

MILLENON.—Se trata de eso del aviadorcito.

ELENA.—Diga, diga, Bolvos.

BOLVOS.—Estos señores, en una inquietud muy explicable, encuentran muy bien que todo esté por las nubes menos usted.

ELENA.—No entiendo.

BOLVOS.—Pues es clarísimo. Valentín y Millenón, al saber que usted va a lanzarse por los aires, temen por su preciosa vida, que

a todos nos interesa por igual, y por lo tanto se oponen a la entrada en la casa del señor vizconde.

ELENA.—¿Por qué?

MILLENON.—Ya lo ha dicho; porque no queremos que usted se mate. Estimamos en mucho su vida y no queremos estar con el corazón en un puño cada vez que monte usted en el avión, pensando en que puede venir a tierra violentamente usted, el aviador, el aparato y nosotros, sin haber volado.

ELENA.—Ya, es algo más que una razón sentimental.

VALENTIN.—Creo que debe usted atender nuestro consejo.

ELENA.—Yo no atiendo consejos de nadie. Nunca he dado a ustedes cuenta de mis actos personales ni de mis iniciativas, ni lo haré jamás. ¿Lo entienden? Seguirá el aviador en esta casa, y yo haré siempre lo que me dé la gana; y me choca que ustedes pretendan mezclarse en mis asuntos cuando nunca lo hicieron. Hasta ahora no les ha ido mal con la beligerancia que me han concedido, y el estado de cuentas, para cuyo conocimiento les había citado a ustedes a las doce de la mañana, y al que vamos a proceder ahora mismo, lo va a demostrar de una manera indiscutible.

MILLENON.—Pero es que...

ELENA.—No admito ninguna objeción. (*Llamando al timbre. Sale CLOTILDE.*) Dígale a la señorita Hortensia que venga.

(*Mutis Clotilde.*)

MILLENON.—No hay que ponerse así. Uno dice las cosas como las siente, y nada más.

ELENA.—A callar.

BOLVOS.—El móvil no es tan interesado como parece.

ELENA.—No se ponga usted de su parte. Todo aquí gira a mi alrededor, y ha girado hasta ahora cronométricamente. Esa protesta, de la que era usted portador, me ha herido en lo más hondo, y voy a demostrar a ustedes con la elocuencia de los números que siempre les fué muy bien con mis iniciativas. ¡Pues no faltaba más!

HORTENSIA.—(*Saliendo.*) ¡Encantadora Elena! ¿Para qué me llaman?

ELENA.—Vamos a reunirnos en junta general. Acaba de surgir un pequeño incidente, y cuanto antes nos reunamos, mejor.

HORTENSIA.—¿Pero qué ha sido ello?

ELENA.—Ahora lo sabrá. (*Toca el timbre tres veces. Entran MALVA y PABLO EMILIO.*)

HORTENSIA.—Está usted nerviosa.

MALVA.—(*Con Pablo Emilio.*) ¿Llamaba usted?

ELENA.—Preparen la mesa en un momento.

(*Colocan la mesa y sobre ella el paño verde, unos legajos y la campanilla.*)

PABLO.—Ya está.

BOLVOS.—¿Pero esto va a ser un consejo de administración?

ELENA.—Usted lo ha dicho.

BOLVOS.—¡Es definitiva!

ELENA.—Voy a darles a ustedes cuenta del balance semestral.

ELENA.—Tomen ustedes asiento. (*Agita la campanilla y tose.*) Se abre la sesión.

BOLVOS.—Parece usted el presidente de un consejo de ministros.

ELENA.—(*Poniéndose en pie.*) A propósito de presidente. Me acaban ustedes de hacer pensar que no tenemos presidente, y hay que designarlo. (*Mirando a todos.*) Creo que el señor Millenón es el más indicado para esto.

MILLENON.—(*Con mucho orgullo.*) ¿Yo?...

ELENA.—Usted, que se le nombra por aclamación. (*Reverenciosamente.*) ¿Quiere usted aceptar el sillón presidencial? (*Ella le cede su sitio y Elena se pone a su lado.*)

MILLENON.—Si yo hubiera sabido esto me hubiera puesto unos puños limpios.

ELENA.—Malva, tome nota taquigráfica para el libro de actas (*Malva se sienta detrás y se dispone a tomar notas. Elena se pone de pie. Tosiendo.*) Señora, señores... Hace seis meses que me eligieron ustedes para la dirección de una empresa en que tenían sus capitales comprometidos.

HORTENSIA.—¡Bah! ¡Era una miseria!

ELENA.—En aquel momento no era una miseria. Y en último caso el negocio estaba en completa quiebra. Los primeros tiempos fueron muy duros y yo he hecho cuanto he podido para defender mis intereses y los de ustedes.

VALENTIN.—Estamos pagados con largueza con la formidable propaganda que usted nos ha hecho.

MILLENON.—Es verdad.

ELENA.—Es posible, pero este no es más que un lado de las cuestión. Pablo Emilio, deme usted el libro mayor. La labor ha sido ardua. Vean ustedes las primeras páginas. Completamente en blanco. Esto es un desierto. La tercera semana, la curiosidad trajo a esta casa al señor barón, antiguo amigo de la señorita Gibry. No le trajo aquí ningún remordimiento, sino, como ya ha dicho, la curiosidad. A partir de aquel momento, 23 de Noviembre, él se hizo cargo de los gastos generales y esta era su verdadera casa. Aquí venían sus amigos... Los nombres, Pablo Emilio, haga el favor.

VALENTIN.—(*Levantándose.*) No hacen falta.

ELENA.—Pues adelante. El asunto ya se había puesto en marcha y al finalizar el mes todos los pagos estaban al corriente. Al termi-

nar Enero la ascensión hacia el bienestar fué rápidísima, vertiginosa. La publicidad vino a ayudarme formidablemente.

BOLVOS.—¿Cómo la publicidad?

ELENA.—Esta es una sorpresa que les preparaba a ustedes. A la hora actual mis contratos me aseguran una renta crecida.

MILLENON.—¿Contratos de qué?

ELENA.—Señor presidente, yo uso el ondulador Vouvray, me lavo con jabón. Vouvray, uso corsés Vouvray y fumo cigarrillos Vouvray. Para que estos productos llevaran mi nombre he recibido cantidades de importancia. Dentro de dos horas firmaré otro ventajoso contrato para el lanzamiento de un neumático que se infla solo, que es el colmo de la inflación, por el cual percibiré 100.000 francos.

HORTENSIA.—¡Pero eso es maravilloso!

ELENA.—Todos los detalles están a la disposición de ustedes. Pablo Emilio, las fichas. (*Pablo Emilio se levanta y entrega a cada uno una ficha.*) Y hoy, 20 de Junio, mi balance es el siguiente: Pasivo: gastos generales, reformas en la casa, etc., etc., 360.000 francos.

MILLENON.—El pasivo es enorme.

ELENA.—Espere a oír el activo. Señores Barón, Duque, Marqués, Rajah, Maharajah, Bajá y Pachá, etc... de una parte, y de otra, la publicidad, total en seis meses, contando el valor de las joyas, 600.000 francos. Líquido en caja y cuentas en los Bancos, 935.230 francos con 15 céntimos. (*Muy satisfecha.*) Creo que es una cifra.

BOLVOS.—(*Entusiasmado.*) ¡Es un balance brillantísimo!

ELENA.—No estoy descontenta y espero que ustedes tampoco lo estarán.

HORTENSIA.—Mi enhorabuena, señorita. (*Levantándose y volviéndose a sentar.*)

ELENA.—Va usted a ver la parte de dividendo que le corresponde.

HORTENSIA.—¿A mí?

MILLENON.—¡Es una mujer admirable!

HORTENSIA.—(*Levantándose.*) Señorita, aquí debe haber un error. No es posible que usted nos dé dinero encima. Nosotros no aceptamos nada.

VALENTIN.—(*Levantándose.*) Nada.

MILLENON.—¿Qué dicen estos idiotas?

ELENA.—Yo no insisto, pero me ciño rigurosamente a las cláusulas de nuestro contrato. La mitad de los beneficios son para los comanditarios, pero si usted y el señor Valentín quieren renunciar a los cien mil francos que les corresponden, son muy dueños de hacerlo.

HORTENSIA.—¿Cien mil francos?

ELENA.—Un poco más acaso. Pablo Emilio. La hoja de esta seño-

ra. "Cinco acciones de mil francos, que representan hoy exactamente ciento veinticuatro mil". (*Le da la hoja.*)

HORTENSIA.—¡Ciento veinticuatro mil francos! Esto es, esto es...

ELENA.—Un dividendo fabuloso. Señor Valentín. (*Dándole la nota que le entrega Pablo.*) Usted tiene actualmente a su favor un crédito de 144.000 francos. (*Le da su hoja.*) Ahí puede verlo.

VALENTIN.—(*Con un gesto desvanecido se sienta paladeando la cifra.*) Esto es cosa de las mil y una noche.

ELENA.—(*Leyendo las dos últimas hojas.*) Señor Millenón, 161.000 francos, y señor Bolvos, 108.000. (*A cada uno le da una hoja.*)

BOLVOS.—(*Radiante.*) ¡Estos son negocios!

ELENA.—Así lo creo. Es inútil decirles a ustedes que tengo esas sumas a su disposición. Ahora bien, si Hortensia y el señor Valentín sienten escrúpulos... esa cantidad la destinaremos para instituir un premio a la virtud desconocida.

HORTENSIA. }
VALENTIN. } No hemos dicho eso...

BOLVOS.—Tienen ustedes libertad para dejar esos fondos a beneficio del negocio.

HORTENSIA.—No, eso no sería regular.

BOLVOS.—Sí, sí, eso es lo que se llama un fondo de reserva. Puede venir un año malo...

MILLENON.—Si les molesta, yo les compro sus acciones ahora mismo.

BOLVOS.—Yo también.

HORTENSIA. }
VALENTIN. } Venderlas, no; de ninguna manera.

MILLENON.—(*Levantándose y agitando la campanilla.*) En calidad de presidente, me apresuro a felicitar de todo corazón a la señora Vouvray, y creo interpretar el deseo de todos al dejarla en libertad de admitir o no al aviador, si ese es su gusto. Quien tan claramente...

ESCENA VIII

Dichos y SERGIO, luego la SRA. PETILLON.

ELENA.—(*Levantándose.*) ¿Cómo entra usted aquí sin haber sido llamado?

SERGIO.—Entro para hablar de un asunto importantísimo.

ELENA.—¿Qué sucede?

SERGIO.—Sucede que la madre de la señorita, después de dirigirme miradas incendiarias, lánguidos suspiros, me ha hecho una declaración amorosa en toda regla, y esto, que podía halagarme, no está dentro de lo estipulado. Si va a seguir en ese tono, yo pido la anulación del contrato.

ELENA.—Malva, diga usted a la señora que venga. (*Mutis de Malva.*)

SERGIO.—Este caso no estaba previsto, pero como si lo estuviera. O se va esa señora de la casa, o me voy yo. Como la elección no es dudosa, prefiero irme.

ELENA.—De ningún modo, se irá ella.

SERGIO.—(*Estupefacto.*) ¿Su madre?

ELENA.—Y en seguidita.

SRA. PETILLON.—¿Me necesitas, angelito adorado?

ELENA.—Ya te había dicho que a tu edad las pasiones son ridículas. Nos has puesto en evidencia a todos ante el aviador. Ya sabes que en mi casa quiero mucha formalidad. Arregla tus bártulos y a la calle.

SRA. PETILLON.—¿Pero qué manera es esa de hablar a tu madre? A mí has de dirigirte con más respeto. Así está convenido en nuestro contrato.

SERGIO.—¿Pero esta señora también está contratada?

SRA. PETILLON.—También.

ELENA.—Ahí tienes la puerta y el metro en la esquina de más arriba.

SRA. PETILLON.—¿Pero en serio?

ELENA.—Y tan en serio.

SRA. PETILLON.—¿Ya no necesitas tener madre?

ELENA.—Como usted no. Yo la tomé para que estuviera al frente de la casa y no para pervertirme el personal.

SRA. PETILLON.—Es la primera vez que me ocurre esto con una hija de tantas como he tenido. ¿No te apiadas de mí?

ELENA.—Es inútil que insista. Ahora le entregaré su salario y una gratificación.

SRA. PETILLON.—¡Cuanto más hijas conoce una, más ingratas salen!

ELENA.—(*A Sergio.*) ¿Está usted satisfecho? Creo que ahora no tendrá usted nada que decirme.

SERGIO.—¿De modo que era una falsa madre?

ELENA.—Claro.

SERGIO.—¿Y esto es un Consejo de Administración? ¿De qué?

ELENA.—Curiosidades, no.

MILLENON.—(*Tocando la campanilla.*) En mi calidad de presidente ordeno a usted que se retire.

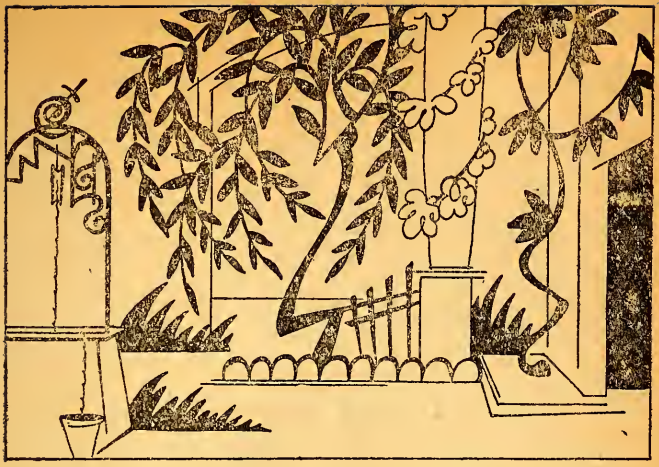
SERGIO.—¿Y usted es el presidente?

MILLENON.—Por "aclaración".

SERGIO.—No comprendo.

ELENA.—Ni tiene usted que comprender nada, sino que esto le sirva de lección y vea que en esta casa el orden, la rectitud y la moral son sus principios fundamentales. Y no habiendo más asuntos de que tratar, se levanta la sesión.

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración, pero otra vez modificada. Los muebles del despacho han desaparecido y han sido reemplazados por muebles de jardín. Un arbolito en el fondo. Las paredes están cubiertas por cuadros grandes que representan panoramas y asuntos campestres. El suelo cubierto por un tapiz imitando una pradera de mullido césped. A la derecha, un pozo de hierros artísticos enguirnaldados.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO, CLOTILDE, MALVA. Luego SERGIO.

(Al levantarse el telón, EDUARDO, de frac, bajo una blusa beige, vigila los últimos preparativos de la original instalación. MALVA, subida en un taburete, vestida de aldeana, está colgando cerezas en las ramas del árbol. CLOTILDE, también vestida de campesina, sale a escena, trayendo una brazada de heno, que echará por tierra. Eduardo está acabando de colgar los cuadros.)

MALVA.—*(Arreglando las cerezas sobre el árbol.)* ¿Hace bonito?

EDUARDO.—Encantador. No hay más que una pequeña equivocación. Que está usted colgando las cerezas en un ciprés.

MALVA.—¿Usted cree que ellos se darán cuenta?

CLOTILDE.—(*Entrando.*) Aquí está el heno.

EDUARDO.—Póngalo por ahí.

MALVA.—¿Es para la comida?

EDUARDO.—Es para darle carácter a todo esto. Clotilde, el pan moreno, la manteca. ¿Está todo preparado?

CLOTILDE.—Todo está en la cocina.

EDUARDO.—¿Qué hora es?

CLOTILDE.—Cerca de las seis de la mañana. Ya es bien de día. La señorita y sus invitados no tardarán en volver.

MALVA.—Ideas como las de la señorita no las tiene nadie. ¡Recibir a estas horas!... Yo me estoy cayendo de sueño. Verdad es que hemos estado toda la noche trabajando.

EDUARDO.—La idea es muy bonita. Después del baile de la Opera, la señorita Vouvray lleva a sus invitados al campo; es decir, les trae a su casa para ofrecerles una taza de café con leche, como si estuvieran en una granja.

CLOTILDE.—Bien se ve que ha sido usted el que lo ha dirigido todo. En realidad esto da la ilusión de estar en el campo.

EDUARDO.—A propósito, ¿dónde están las gallinas?

MALVA.—En el bar americano. Están sueltas, y en cuanto abran la puerta se saldrán y echarán a correr por todas partes.

CLOTILDE.—¡Cómo lo van a ensuciar todo!

MALVA.—Pero no hay quien las haga poner.

EDUARDO.—Eso no importa. He sembrado la casa de huevos por todos los rincones. (*Pausa.*) ¿A ver si se me ha olvidado algo? Los manzanos en la galería, el tonel de sidra en el vestíbulo, el "jazz-band"...

MALVA.—¡Ah! ¿Pero va haber "jazz-band"?

EDUARDO.—Sí, pero con gaitas escocesas, una guitarra, dos cornamusas y una ametralladora de verdad. La señorita dice que esto hará furor en la próxima temporada. (*Malva se va por el fondo y entra SERGIO, vestido de frac.*) Buenos días, ¿el señor vizconde, sigue bien?

SERGIO.—Buenos días. (*Melancólicamente.*) ¡Ay, Eduardo! ¡Siempre le veo a usted con gusto!

EDUARDO.—El señor vizconde es muy amable.

SERGIO.—Aquí no soy más que un simple aviador. (*Mirando a su alrededor.*) Mi enhorabuena. Muy simpática esta pequeña fantasía rústica.

CLOTILDE.—Todos hemos trabajado para conseguirlo.

SERGIO.—Lo creo. Pero han dejado ustedes que se escapen los conejos y he tropezado con dos en el pasillo.

CLOTILDE.—¿En el pasillo? Voy a cogerlos. (*Mutis derecha.*)

EDUARDO.—La señorita quería instalar una colmena en el comedor, pero ha sido preciso renunciar, porque como las abejas son tan díscolas...

SERGIO.—Se está aquí a gusto. (*Se oyen unos mugidos.*) ¿Qué es eso?

EDUARDO.—La vaca, señor.

SERGIO.—¡Ah!, ¿pero también habéis traído una vaca?

EDUARDO.—La señorita quiere ofrecer a sus invitados leche pura, vista ordeñar.

SERGIO.—¿Y donde está ese animalito?

EDUARDO.—En el cuarto de baño. ¿No sabe usted el trabajo que nos ha costado subirla? Ha roto el pasamanos de la escalera.

SERGIO.—Estamos en pleno campo, no cabe duda.

EDUARDO.—¿Ha estado bien el baile de la Opera, señor vizconde?

SERGIO.—Muy animado. El palco de la señorita Vouvray estaba materialmente cuajado de flores y serpentinas.

EDUARDO.—Pero ya habrá terminado. No tardarán en llegar. ¿El señor vizconde cree que vendrá mucha gente?

SERGIO.—Unas veinte personas, aproximadamente.

CLOTILDE.—Eduardo, creo que debemos ir poniendo las mesitas.

EDUARDO.—Ya voy. ¿Han llegado mis camareros?

CLOTILDE.—Sí, señor.

EDUARDO.—¿Les ha dado usted la blusa? ¿Sí? Ya sabe usted que deben parecer campesinos. (*Mutis.*)

ESCENA II

SERGIO y CLOTILDE.

CLOTILDE.—Estoy muy cansada.

SERGIO.—¿Ha trabajado usted mucho?

CLOTILDE.—No solamente el trabajo corporal. Lo que más me ha fatigado es la escena que me hizo anoche la señorita, que me tiene preocupadísima.

SERGIO.—¿Qué fué ello?

CLOTILDE.—No hay quien lo entienda. Habían traido a las seis el vestido de la señorita. Yo lo puse aquí, y cuando volví a recogerlo ya no estaba. Revolví todo el hotel de arriba abajo y no lo encontré. ¡Cosa más extraña!...

SERGIO.—¿Era ese famoso vestido que no tenía cuerpo?

CLOTILDE.—Sí, y la señorita quería producir con él un efecto sensacional. El torso desnudo y dos lunares en la espalda. Hubo que traer en seguida otro vestido, pero no era lo que ella quería.

SERGIO.—¿Y la regañó a usted?

CLOTILDE.—No puede usted figurarse cómo. Comprendo que la señorita esté nerviosa.

SERGIO.—Sí que lo está, y cada día más. ¿Por qué?

CLOTILDE.—Toma... ¿Usted cree que no es motivo serio de preocupación para la señorita el que todos sus libros de cuentas y su indicador de entrevistas los haya destruído el fuego. Como que si usted no hubiera estado aquí para sofocarle, arde el hotel y nos abrasamos todos.

SERGIO.—Sí que ha debido molestarla el accidente.

CLOTILDE.—(*Con cierto misterio.*) Y hay algo más grave que todo eso.

SERGIO.—¿Más grave todavía?

CLOTILDE.—Sí, señor. Desde que la señorita está aquí, nunca había regañado con nadie. Y lleva unos días regañando con todos sus amigos.

SERGIO.—¿Con todos?

CLOTILDE.—Como que muchos ya no han vuelto. Fuera del señor duque y del señor barón, aquí ya no viene nadie.

SERGIO.—¿Y a qué atribuye usted todo esto?

CLOTILDE.—Ya se lo he dicho a usted, a la mala suerte. Ya ve usted, a pesar de todas las precauciones, tres de esos señores se encontraron aquí a la misma hora. Yo creo que alguien les había avisado. Porque en todo esto interviene un misterioso duendecillo.

SERGIO.—Pues a la señorita no parece preocuparle mucho nada de lo que ocurre.

CLOTILDE.—Ella cree que es un mal momento y que pasará, fiada en su buena estrella. Pero usted no vaya a decirla nada, y sobre todo delante de los comanditarios.

SERGIO.—Esté usted tranquila.

CLOTILDE.—Sé que el señor vizconde está muy a bien con ellos.

SERGIO.—Inmejorablemente, Clotilde.

ESCENA III

DICHOS, HORTENSIA y VALENTIN.

(*Entran vestidos de campesinos estilizados.*)

CLOTILDE.—Aquí está la señorita Hortensia. (*Mutis.*)

HORTENSIA.—Buenos días, señor vizconde. ¿Ha estado usted en el baile?

SERGIO.—Estuve un momento, querida señora. Magnífico espectáculo. ¿Y el señor Millenón?

VALENTIN.—Se nos ha perdido. Estaba un poco alegre, y además no estaba solo.

SERGIO.—La verdad es que cuando yo me fuí, en el palco de la señorita Elena se bebía de firme.

HORTENSIA.—Demasiado. ¿Y usted no sabe lo que se le ocurrió a Elena? ¡Yo todavía no he salido de mi asombro!

SERGIO.—¿Qué fué?

VALENTIN.—Pues que al terminar el desfile hizo que por medio de un altavoz anunciaran a la concurrencia que la señorita Vouvray proponía una lotería improvisada a beneficio de los niños pobres del distrito. Mil papeletas a cien francos cada una y un sólo premio.

SERGIO.—¿Y un sólo premio? ¿Cuál era?

VALENTIN.—Dos besos ofrecidos por Elena, que el agraciado por la suerte podría hacer efectivos en el acto.

SERGIO.—¿Y qué hizo la gente?

HORTENSIA.—Pues ponerse a aplaudir con frenesí. Se hicieron en un momento las papeletas, y un cuarto de hora después no quedaba ni una.

SERGIO.—Pero esa mujer no estaba en su juicio.

VALENTIN.—Había bebido un poquillo, simplemente.

SERGIO.—(*Furioso.*) Eso es insensato. ¿Y cuándo debe hacerse ese sorteo?

VALENTIN.—¡Si ya se ha hecho!

SERGIO.—¿Y quién fué el agraciado?

HORTENSIA.—No se sabe.

SERGIO.—¿Es posible? ¿El agraciado no se presentó a recoger el premio?

VALENTIN.—No. Fué el número 519. Se cantó tres veces, hubo unas ligeras burlas, pero nadie se presentó. Elena fué paseada en triunfo por la sala.

SERGIO.—¡Qué espectáculo! (*Mortificado.*)

ESCENA IV

DICHOS, MILLENON y LULU.

(*Entra MILLENON vestido de pastor a la "Pompadour". Viene con la LULU del primer acto disfrazada de pescador napolitano.*)

MILLENON.—(*Ebrio, pero muy digno.*) ¿Cu-cu? Aquí estamos.

VALENTIN.—Millenón. ¡Si le viera a usted su mujer!

MILLENON.—No me conocería con este traje.

HORTENSIA.—(*Mirando a la muchachita.*) ¿A quién trae usted de la mano?

MILLENON.—A una muchachita que me he encontrado en el baile. Me ha dicho que se aburría allí mucho, y yo la dije que me acompañase a tomar el aire del campo. Mirarla qué bonita es. Y poco charlatana. Es un raro ejemplar del sexo. Anda, nena, paséate por esos prados. (*La muchachita va a coger cerezas y luego hace mutis paseándose.*)

SERGIO.—¿Ha venido con usted la señorita Elena?

MILLENON.—No sé nada. Tengo un sabor de boca y un desmadejamiento. Me voy a tomar una ducha. ¿Pero donde está la pequeña? ¿Cu-cu? ¿Se ha ido? Me ha dicho que se llama Lulú. Voy a llamarla. ¡Lulú! ¡Lulú! (*Se oye el mugido de la vaca.*) ¡Anda, vaya una manera de responder!

HORTENSIA.—¿Qué es eso?

SERGIO.—Esa chica tiene una bonita voz. Millenón, está bromeando con usted. La he visto entrar en el cuarto de baño.

MILLENON.—(*Abriendo la puerta.*) ¡Dios mío! ¡Una vaca!

SERGIO.—¡Ve usted lo que hace la bebida! Confunde usted lamentablemente las cosas.

ELENA.—(*Entrando por el fondo con un traje de campesina de fantasía. Habla un poco alocada, como si estuviera bebida. Dirigiéndose a unos supuestos personajes que la han seguido.*) Dentro de un momento nos desayunaremos. Mirad en lo que se ha convertido el hotel. ¿Está usted aquí, señor aviador?

SERGIO.—Sí, señora, y me felicito de verla en tan buen estado.

ELENA.—¿Un sermón? Usted no es un piloto; tiene aire de predicador. Nos hemos divertido mucho.

HORTENSIA.—Sí, se ve que tiene usted la cara muy alegre.

ELENA.—Es que he bebido un poco más de la cuenta. Y seguiré bebiendo. Esto no da tiempo a pensar, y hay momentos en que es necesario. Valentín, Sergio, vamos, síganme ustedes. Vamos a desayunarnos.

HORTENSIA.—Yo, con permiso de usted, voy a decirle dos palabras a Millenón, y después voy a acostarme, porque estoy rendida de sueño.

MILLENON.—¿Pero dónde se habrá metido mi napolitano?

(*Elena, Valentín y Sergio hacen mutis.*)

HORTENSIA.—Amigo Millenón, voy a decirle a usted una cosa en secreto.

MILLENON.—Le advierto a usted que no es este el mejor momento para que yo me haga cargo de nada.

HORTENSIA.—Quiero decirle a usted adiós, porque esta fiesta es probablemente la última que nosotros pasaremos juntos.

MILLENON.—¿Qué me dice usted?

HORTENSIA.—Pues, sencillamente, que me retiro de mis negocios; que he vendido mi taller, las acciones del Metro que tenía, mis ferrocarriles, mis acciones Vouvray...

MILLENON.—¿Las acciones de esta casa?

HORTENSIA.—Estas no las he vendido todavía. Pero hay quien las quiere.

MILLENON.—Ya lo creo. ¿Y quién es el interesado en adquirir las acciones Vouvray?

HORTENSIA.—Estoy en tratos con Bolvos.

MILLENON.—Ha hecho usted mal. Ha debido contar usted conmigo el primero.

HORTENSIA.—Me las paga a buen precio.

MILLENON.—Yo se las pagaría mejor.

(*Sergio entra por el fondo.*)

HORTENSIA.—Cuidado, que viene gente.

MILLENON.—Vamos a arreglar ahora mismo este asunto, porque yo llevo siempre mi talonario de cheques. (*Mutis fondo.*)

ESCENA V

SERGIO, luego ELENA y CLOTILDE.

SERGIO.—(*Sale, mira alrededor y saca del bolsillo del frac un minúsculo traje de seda.*) Y pensar que ella quería ir al baile con este vestido, llamémoslo así. Eso era ir desnuda. (*Lo echa al pozo.*) Y ahora ya no quedan más que dos amigos: el duque y el barón. (*Va al teléfono y, con ayuda de una plegadera, lo rompe.*) ¿Qué otra cosa podría destrozar todavía? (*Con rabia. Oye ruido y entra Elena seguida de Clotilde.*)

ELENA.—¿Qué hace usted aquí? ¿Es que no tiene usted ganas de dar una vuelta por la pradera y después beber un tazón de leche fresca?

SERGIO.—Muchas gracias. No me ha gustado nunca el campo. Prefiero el mar.

ELENA.—Bueno es saberlo. La vez próxima transformaré esto en una playa. (*Riendo.*)

SERGIO.—(*Impasible.*) Sí, sí; usted todo lo encuentra divertido.

ELENA.—En cambio, a usted nada le hace gracia. Insisto en que se vaya usted por ahí adentro, porque necesito estar sola unos momentos.

SERGIO.—Podía usted haberlo dicho antes. (*Mutis derecha.*)

ELENA.—(*Vivamente, a Clotilde.*) ¿Y qué es lo que ha dicho ese señor?

CLOTILDE.—Pues nada más que esto. Dígale usted a la señorita Vouvray que está aquí el número 519.

ELENA.—¿El premiado en el baile? ¿Y cómo es?

CLOTILDE.—Joven, guapo y de aire muy simpático.

ELENA.—Bien; que pase.

(*Clotilde sale un instante y a poco vuelve con un joven vestido de smocking bajo un abrigo. Tiene un aire gentil y algo tímido. Clotilde se va.*)

ESCENA VI

ELENA y EL 519.

EL 519.—¿La señorita Elena Vouvray?

ELENA.—La misma soy. Siéntese. (*El joven rehusa.*) ¡Si que ha tardado usted en presentarse! ¿Es usted el agraciado?

EL 519.—(*Sentándose tímidamente lejos de ella.*) Yo había tomado mi número, si he de decir la verdad, porque me pareció muy delicada la idea de que usted pensara en los niños pobres del distrito. Le juro a usted que yo no sabía cuál era el premio.

ELENA.—Pues me parece que vale la pena.

EL 519.—No cabe duda.

ELENA.—¿Quiere usted quitarse el gabán? Deje el sombrero.

EL 519.—No siento calor, señorita; no me incomoda.

ELENA.—¿Es usted un poco tímido?

EL 519.—Acaso.

ELENA.—¿Y está usted contento de haber ganado?

EL 519.—Es un premio realmente excepcional.

ELENA.—Si no excepcional, muy envidiable. ¿No quiere usted sentarse? (*Señalándole un sitio cerca de ella.*)

EL 519.—Perdóneme, pero no puedo entretenerme. Dentro de unos minutos debo estar en la Sorbona. Es la hora de mi clase y tengo el tiempo justo para ir a cambiar de traje.

ELENA.—Muy bien. Eso no importa. Usted puede elegir el momento que quiera.

EL 519.—¿El momento que quiera?

ELENA.—Claro. El premio son... dos besos de Elena Vouvray. Cuando usted quiera hacerlos efectivos...

EL 519.—Señorita. Yo he venido para... (*Se levanta, saca la papeleta del bolsillo y se la entrega.*)

ELENA.—(*Asombrada.*) ¿Qué es esto?

EL 519.—La papeleta, señorita.

ELENA.—Guárdesela.

EL 519.—No. (*Se la da.*)

ELENA.—Pero...

EL 519.—Se la devuelvo a usted, señorita. Sólo he venido para eso, a entregársela para que no pueda caer en otras manos, y para que usted no espere a nadie. Tómela.

ELENA.—(*Cogiendo la papeleta y poniéndola sobre la mesa.*) Pero, ¿usted volverá?

EL 519.—(*Sencillamente.*) No, señorita.

ELENA.—(*Un poco molesta y levantándose.*) Muy bien. Eso quiere decir que no le agrado.

EL 519.—Sería tener muy mal gusto.

ELENA.—Entonces...

EL 519.—Mil perdones, pero debo decirla a usted sinceramente que no podría.

ELENA.—Que no podría... ¿el qué?

EL 519.—Aprovecharme de ese premio.

ELENA.—¡Ah! Ya. ¿Usted está enamorado?

EL 519.—No, señora..., en este momento precisamente, no. Es que... un beso es una cosa tan sagrada, que yo creo que no podría dar un beso sin amor.

ELENA.—No le comprendo.

EL 519.—Verdaderamente, es inaudito venir a decirla una cosa semejante; pero, en fin..., debo decírselo, sin pensar que acaso la moleste. Recibir un beso así, sin haberle esperado, pedido y deseado, en una palabra, sin que el amor lo engendre y sin que el deseo de besar sea recíproco...; estoy seguro de que usted me comprende.

ELENA.—No muy bien. Es usted un fenómeno. En su lugar, ninguna persona vacilaría.

EL 519.—¿Usted cree?...

ELENA.—Hay personas que le hubieran comprado a usted muy caro ese derecho.

EL 519.—Estoy seguro... (*Pausa.*) Por eso he venido a devolvérselo.

ELENA.—Vamos a ver. Déme una razón seria de su actitud extraña. ¿Es que no le gustan las morenas?

EL 519.—No hay más razón que la expuesta. A mí me parece usted una mujer encantadora.

ELENA.—¡Pero eso es increíble! Si yo le agrado a usted y estoy dispuesta a pagar mi deuda, ¿qué más puede querer?

EL 519.—El amor, señorita.

ELENA.—(*Irónica.*) ¡Ah, sí! ¡El amor!...

EL 519.—Sí, créame; nada más que el amor.

ELENA.—Es usted muy exigente.

EL 519.—No lo crea usted; soy egoísta... (*Pausa.*) Creo que usted me ha comprendido.

ELENA.—Lo intento, pero verdaderamente no lo consigo.

EL 519.—¿Usted no sabe que es imposible vivir sin el amor? Esto es tan viejo como el mundo.

ELENA.—(*Soñadora.*) Sí, sí; pero yo no he querido nunca.

EL 519.—Palabra de honor que me parece que habla usted con sinceridad.

ELENA.—Dígame usted. Cuando sentimos en el fondo de nuestro ser que nos falta alguna cosa, ¿es eso el amor?

EL 519.—Es lo único cuya falta se siente.

ELENA.—No me he visto en ese caso.

EL 519.—(*Mientras que Elena va diciendo no a cada frase.*) ¿No ha querido nunca maltratarla a usted ningún hombre? ¿Ningún hombre la ha insultado? ¿Usted no ha sufrido nunca? ¿No ha estado usted nunca celosa? ¿No ha querido usted nunca matar ni suicidarse? ¿No? Pues entonces me pregunto: ¿Cómo puede usted vivir?

ELENA.—En mi despacho yo no tengo ese artículo.

EL 519.—Verdaderamente, parece que el artículo lo estoy haciendo yo, como un comisionista.

ELENA.—En todo caso, sabe usted presentar muy bien las muestras.

EL 519.—Mil veces gracias. Y hágame caso. Guste del amor. Verá que es la gloria de la vida, y sobre todo muy necesario en el corazón de una mujer. Dicho esto, señorita, yo debo marcharme. Mi misión ha terminado. (*Ha ido retrocediendo hasta llegar a la puerta con la última frase.*) Dígame que intentará querer, para que sepa toda la importancia que tiene un beso.

ELENA.—Lo intentaré.

(*Mutis del* 519. *Elena se pone a pasear por la habitación con las manos a la espalda, preocupada como un hombre de negocios.*)

ESCENA VII

ELENA, BOLVOS, luego SERGIO.

ELENA.—"Cuando sentimos en el fondo de nuestro ser que nos falta alguna cosa, ¿es eso el amor?"

BOLVOS.—(*Por la derecha.*) ¡Todo el mundo está preguntando por usted! Vaya a reunirse con los amigos.

ELENA.—Ahora voy.

BOLVOS.—Magnífica reunión. He tomado notas para que se publique en tres periódicos. ¿Vamos?

ELENA.—Un momento.

BOLVOS.—Y eso que yo debía aprovechar esta ocasión para hablar de asuntos.

ELENA.—No, no; de ninguna manera. Ahora no. Haga usted el favor de decir al vizconde que venga en seguida.

BOLVOS.—¿A qué vizconde? ¿Al aviador?

ELENA.—Sí, al aviador. ¿Tiene algo de particular que le diga que venga? (*Muy nerviosa.*)

BOLVOS.—No, no. (*Mirándola intrigado.*) Voy a avisarle.

(*Mutis. Elena queda un instante sola y preocupada. Después su cara se ilumina como si se le hubiera ocurrido una idea agradable. Coge la papeleta que le dió el 519, la pone sebre un velador rústico y su lado y después se sienta. Sale Sergio por la izquierda.*)

ELENA.—Venga usted aquí, Sergio. Quiero darle las gracias por haberse quedado a mi pequeña fiesta.

SERGIO.—La idea era simpática, por lo menos, original.

ELENA.—¿Verdad que sí? Pero usted no sabe lo aburrido que es tener que encontrar todos los días cosas nuevas. Llega una a tener la cabeza como si fuera a estallar.

SERGIO.—Muy sencillo. No se preocupe tanto. Tómese un poco más de reposo.

ELENA.—En eso estaba pensando justamente. Tengo intención de hacer un viaje, en el avión, desde luego.

SERGIO.—El aparato está cuidadosamente al corriente y todo a punto de partir cuando usted disponga.

ELENA.—Yo no quería irme sin antes haber liquidado ciertos asuntos en los que estaba comprometida, y ahora que ya estoy libre, libre relativamente... ¿Quiere usted darme esa papeleta que está sobre el velador?

SERGIO.—¿Esto?

ELENA.—Sí. Este es precisamente uno de los compromisos que más me preocupaban. No quería irme sin antes haber...

SERGIO.—(*Viendo el número y estallando.*) ¡Oh, qué vergüenza!

ELENA.—¿Qué le pasa a usted?

SERGIO.—(*Mirando la papelcta y muy indignado.*) ¿El 519? ¿Luego ha venido?

ELENA.—¿Quién?

SERGIO.—El agraciado con esa papeleta. ¿Ha venido? Dígamelo.

ELENA.—¿Qué modo de hablarme es ese? Mucho cuidado, Sergio.

SERGIO.—¿Se decidió a darse a conocer este viejo verde?

ELENA.—¿Por qué supone usted que fuera un viejo?

SERGIO.—Estoy seguro. ¿Usted le ha recibido?

ELENA.—¿Por qué le interesa saberlo?

SERGIO.—¡Qué cinismo!

ELENA.—(*Yendo junto al pozo.*) Usted ha bebido demasiado.

SERGIO.—No he bebido, pero tengo el valor suficiente para decirla que lo que ha hecho usted ha sido una fantasía más, y abominable, digna de la mujer del día. ¡Puede usted vanagloriarse de ser la mujer del momento! Es usted la imagen viviente de esta época, que no tiene respeto a nada, si no es al dinero y al vicio.

ELENA.—¿De veras?

SERGIO.—¿Usted cree que yo puedo limitarme a ser un simple espectador de cuanto pasa aquí? Pues, no, señora. Yo no puedo permanecer impasible.

ELENA.—(*Junto al pozo, vuelta de espaldas, y satisfecha de lo que oye.*) Siga usted, siga...

SERGIO.—Claro que sigo. Y bueno es que usted sepa que su conducta y sus excentricidades me indignan. Usted no vive más que para el reclamo y para el dinero. Esa es su fiebre.. Usted es..., usted es...

ELENA.—Siga, acabe.

SERGIO.—Usted es un pequeño monstruo inconsciente, una máquina, una..., no encuentro palabras para calificarla.

ELENA.—(*Encantada y volviéndose hacia él.*) ¿Usted, si pudiera, me pegaría en este momento, ¿verdad? Siga, siga diciendo lo que piensa de mí.

SERGIO.—Prefiero callarme e irme de esta casa.

ELENA.—¿De verdad? (*Pausa.*) Pues váyase.

SERGIO.—Y esté tranquila, porque pagaré mi indemnización.

ELENA.—(*Friamente.*) No le reclamo nada.

SERGIO.—Es que yo le debo compensaciones, porque le he hecho a usted una porción de fechorías.

ELENA.—¿A mí? ¿Cuáles?

SERGIO.—Yo he destruído su odiosa contabilidad. (*Ella se sobresalta y le mira.*) Ardió el fichero, el armario, y fuí yo quien prendió el incendio. Yo he ocultado aquí este infamante vestido.

ELENA.—Entonces todo se explica ahora. Dígame, Sergio. ¿Y por qué hizo todo eso?

SERGIO.—Porque necesitaba aire puro. Adiós, señorita Elena Vouvray.

ELENA.—(*Dulcemente.*) Un instante. Una simple pregunta. ¿Desde cuando está usted enamorado de mí?

SERGIO.—(*Rompiendo a reír.*) ¿Enamorado de usted? Gracias a Dios, yo soy un ser normal.

ELENA.—¡Qué lástima!

SERGIO.—Lástima, ¿por qué?

ELENA.—Porque yo me hubiera tomado entonces la molestia de

licarle ciertas cosas. Por ejemplo, que no he querido dar el pre-
o al poseedor de este número.

SERGIO.—Será porque no habrá querido él.

ELENA.—Es usted cruel. Y, además, por otra cosa. Yo iba a ha-
le pedido a usted un favor.

SERGIO.—¿Qué favor es ese?

ELENA.—Que me hubiera usted hablado de amor.

SERGIO.—¿Cómo?

ELENA.—Como usted lo oye.

SERGIO.—¿Pero es posible? ¿A usted? ¿Hablarle de amor? ¿Us-
l no se ha mirado al espejo?

ELENA.—Vaya si me he mirado.

SERGIO.—¿Y con esos ojos tan pintados, con esa boca llena de
mín, quiere usted que le hablen de amor? Cuando uno quiere
ar hay que tener delante una cara y no una máscara como la
usted. ¡Cómo saber lo que hay debajo de ella!

ELENA.—(*Molesta.*) ¡Pues hay gente que me encuentra muy bien
cual soy!

SERGIO.—Pues dirijase a ellos. ¿Y es aquí donde usted quiere
e le hablen de amor? En esta casa donde usted ha pensado en
do ¡menos en eso! (*Bolvos entra por el foro.*) Aquí viene un
mpinche de usted. Pídale usted eso a él, y acaso puedan enten-
rse. Hablan ustedes la misma lengua. (*Mutis.*)

BOLVOS.—Querida amiga.

ELENA.—(*Furiosa.*) ¿No puede usted dejarme en paz un momen-
? ¿Qué le pasa?

BOLVOS.—Vengo a decirle que los invitados se quejan. La mi-
d ya se han ido.

ELENA.—Pues ponga usted en la calle a la otra mitad.

BOLVOS.—(*Estupefacto.*) ¿Pero, qué dice?

ELENA.—Lo que usted oye. Y que se vayan los músicos. Y si
to no le agrada a usted, puede usted irse también con la música
otra parte. ¿Ha comprendido? (*Mutis, furiosa, por la derecha.*)

ESCENA VIII

BOLVOS y luego VALENTIN.

BOLVOS.—(*Se queda solo y mira alternativamente a la puerta por que se fué Elena y por donde desapareció Sergio. Luego se rasca nariz.*) Aquí de mi olfato. Me parece que ha llegado el momen-
de hacer un negocio de Bolsa. Tengo así como una idea de que
barco hace agua y hay que imitar a los ratones.
(*Entra VALENTIN un poco apresurado.*)

VALENTIN.—Amigo Bolvos, acabo de saber una cosa extraordinaria. Le he buscado a usted por todas partes para decírselo.

BOLVOS.—Lo he visto a usted hablando tan animadamente con Hortensia...

VALENTIN.—Como que me estaba diciendo cosas interesantísimas. Por eso mi urgencia de verle a usted. Dígame su opinión. ¿Las acciones Vouvray?

BOLVOS.—Siguen en alza y seguirán subiendo.

VALENTIN.—¿Está usted seguro?

BOLVOS.—Segurísimo.

VALENTIN.—Pues le vendo a usted las mías.

BOLVOS.—(*Estupefacto.*) ¿Cómo?

VALENTIN.—Sé que es un negocio de oro y estoy desolado, pero es preciso que las venda. He perdido ayer en el círculo mucho dinero. ¿Usted me las toma?

BOLVOS.—¡Ah, no! (*Aparte.*) (El muy cerdo está al corriente.)

VALENTIN.—Le haría a usted una pequeña rebaja.

BOLVOS.—¿Pero usted cree que yo soy tonto?

VALENTIN.—Sí..., es decir, no.

BOLVOS.—Si usted quiere vender sus acciones es porque sabe que dentro de poco serán un papel mojado.

VALENTIN.—Usted bromea. ¡Si es un asunto magnífico!

BOLVOS.—(*Mirando fijamente a Valentín.*) Pues si así lo cree, yo le vendo a usted las mías por la mitad de su valor. ¡Ah! Y me las paga usted cuando quiera. Yo también tengo una urgente necesidad de dinero...

VALENTIN.—Bolvos, usted lo sabe todo.

BOLVOS.—Me lo huelo.

VALENTIN.—Entonces, ¿estamos casi en quiebra?

BOLVOS.—Todavía no. A ver si podemos colocárselas a Millenón.

VALENTIN.—Ya había pensado en ello.

BOLVOS.—Es bruto como un guardacantón, y haremos de él lo que queramos. Pero creo que no debemos perder un instante. (*Se van de prisa por el foro empujándose el uno al otro.*)

ESCENA IX

SERGIO, CLOTILDE y luego ELENA.

(*La escena queda sola un momento, y entra SERGIO, acompañado de CLOTILDE. Lleva el abrigo puesto y el sombrero en la mano para marcharse.*)

SERGIO.—Pero bueno, ¿qué es lo que quiere otra vez?

CLOTILDE.—La señorita me ha recomendado que no se vaya sin
berla visto antes.

SERGIO.—Pero puesto que todo el mundo se va...

CLOTILDE.—Será para darle a usted las órdenes del día.

SERGIO.—¿Las órdenes? Se acabó ya esa broma, felizmente. (*Mu-
s Clotilde. Sergio permanece mirando uno de los cuadros y entra
LENA por la izquierda; pero transformada, vistiendo un sencillo
aje blanco, se ha despintado los ojos y los labios y lleva un pei-
ido sencillísimo.*)

ELENA.—(*Después de un silencio, durante el cual Sergio la mira
n asombro.*) He querido decirle a usted hasta la vista, o más
opiamente... ¡adiós!

SERGIO.—(*Rehaciéndose.*) No me hubiera ido sin presentarle a
sted mis excusas. (*Con frialdad.*) Yo me permití hace un momen-
un lenguaje que no es el habitual en mí, se lo aseguro.

ELENA.—(*Con dulzura.*) Lo creo.

SERGIO.—(*Después de una pausa.*) Le juro a usted que yo no
vido nunca cuando hablo con una mujer...

ELENA.—Pero si le digo a usted que le creo.

SERGIO.—Señorita... No me queda más que pedir a usted mil
erdones y retirarme. (*Se inclina y hace ademán de retirarse.*)

ELENA.—Espere. (*El se detiene.*) Un momento. Me molesta que
sted se vaya.

SERGIO.—¿De veras?

ELENA.—Sí. (*En un tono muy natural.*) Cuando usted no esté en
casa no tendré quien me regañe.

SERGIO.—¡Oh! ¿Y es por eso?...

ELENA.—Claro que sí. (*Entre sentimental y cómica.*) Compréndа-
usted. Su mal humor, sus observaciones, su cara siempre seria,
odo ello me va a dejar un gran vacío.

SERGIO.—Si usted cree que no veo el lazo en que quiere hacerme
aer... Muchas gracias.

ELENA.—(*Llena de esperanza.*) ¿Un lazo?

SERGIO.—(*Siempre animándose.*) ¿Y porqué se ha disfrazado us-
ed con ese vestido tan humilde?, porque para usted es un disfraz
tan sencilla. La verdad es que hay momentos en que me digo que
i usted, en lugar de ser Elena Vouvray, la mujer del día, fuera
tra mujer cualquiera, ni más ni menos influída por las costumbres
e la época...

ELENA.—Sí, por qué no podía serlo, y entonces...

SERGIO.—(*Después de una pausa.*) Entonces..., nada. (*Pausa.*)

ELENA.—(*Con tristeza.*) ¡Qué dolor! Yo que iba caminando ya
acia el Paraíso..., y con usted!...

SERGIO.—¿Y por qué conmigo?

ELENA.—(*Dulcemente.*) Porque usted es el único que ha intentado hacerme daño en esta casa. (*Elena se ha acercado nuevamente a él. Como él no se mueve, ella inclina un poco la cabeza sobre su hombro.*) Yo empezaba a caminar ya, así, como una mujer sin importancia.

SERGIO.—(*Mirándola.*) Sí, como una mujer sin importancia que uno se llevará a una tierra muy lejana de aquí. Donde ella pudiera despertarse de una pesadilla llena de gentes viles y de cifras. Despertarse ya convaleciente y más humilde cada día... (*Elena ríe de pronto sin maldad alguna. Sergio la rechaza.*) ¿Y usted se ríe? Naturalmente. Soy un imbécil.

ELENA.—(*Con gran ternura y muy natural.*) Me río porque es encantador lo que tú me dices, me río porque estoy contenta. (*Pausa.*) A nadie quise todavía lo bastante para tener que llorar de alegría. (*Pausa.*) Creo que pronto aprenderé si me llevas contigo. Inténtalo, te lo ruego.

SERGIO.—(*Conquistado, pero aún vacilante.*) No me digas aún que me quieres...

ELENA.—(*Muy amorosa y estrechándose contra él.*) Pero si no te lo digo... Sólo te ofrezco lo mejor que hay en mí, mi incertidumbre, mis vacilaciones, el ansia que tengo de amar. ¡Me gustaría tanto quererte!

(*Sergio después de mirarla retrocede un poco y abre los brazos. La estrecha, la coge las manos, y en este momento Hortensia, Bolvos y Valentín entran en escena, cada uno con un cheque en la mano.*)

ESCENA X

DICHOS, HORTENSIA, VALENTIN, BOLVOS, MILLENON y LULU.

BOLVOS.—(*Señalándoles a los otros.*) ¿No se lo decía yo a ustedes?

ELENA.—(*Sin turbarse y sin soltar sus manos de Sergio, gentilmente, a ellos.*) Sí, señores; es cierto. Ya lo ven. Estoy en quiebra y, según costumbre en estos casos, me voy al extranjero.

VALENTIN.—Nuestras felicitaciones vayan con ustedes. (*Agitando el cheque que trae en la mano.*)

BOLVOS.—(*A los otros dos.*) Felizmente hemos sido previsores. ¡Aquí está el cheque! Llegamos a tiempo.

HORTENSIA.—¡Pobre Millenón!

VALENTIN.—La verdad es que le hemos jugado una mala partida.

MILLENON.—(*Entrando con Lulú.*) ¿Una mala partida a mí? ¿Pero ustedes no se han fijado bien? Yo les he comprado sus acciones a un precio ridículo. Ahora el hotel y todo lo que hay dentro

pertenece. Justamente se lo estoy enseñando a la nueva inqui-
a..., ¡que ahora sí que ha llegado a tiempo!

BOLVOS.—¿Quién? ¿Esa?

MILLENON.—Sí. Esta. Mírenla bien. Esta muchachita a partir de
y se llamará Yolanda de Lis y es la sucesora de Elena Vouvray.
ora bien. (*A Lulú, señalando a Elena y a Sergio, que siguen* con
s *manos enlazadas.*) Sólo una cosa te prohibo terminantemente:
ie tomes a tu servicio un aviador.

ELENA.—No le haga usted advertencias, Millenón; son inútiles.
corazón tiene razones que la razón no conocerá nunca.

TELON

LA FARSA PUBLICARA EN SU PROXIMO NUMERO

La hija del tabernero

de

ANGEL LAZARO

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

EDITORIAL ESTAMPA-PASEO DE SAN VICENTE. 18 MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 cts.

NUMEROS PUBLICADOS:

—**La caraba**, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
—**Mi mujer es un gran hombre**, de Cadenas y G.-Roig.
—**La villana**, de Romero y Fernández Shaw
—**La aventurera**, de José Tellaeche.
—**La cuestión es pasar el rato**, de los hermanos Quintero.
—**Atocha**, de Federico Oliver.
—**¡Mal año de lobos!**, de Manuel Linares Rivas.
—**María del Mar**, de Juan Ignacio Luca de Tena.
—**La del soto del Parral**, de Sevilla y Carreño.
—**La sopa boba**, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
—**Los lagarteranos**, de Luis de Vargas.
—**Me casó mi madre...**, de Carlos Arniches.
—**¡Escápate conmigo...!**, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
—**Calamar**, de Pedro Muñoz Seca.
—**Las alondras**, de Romero y Fernández Shaw.
—**El anticuario de Antón Martín**, de Antonio Paso.
—**Cancionera**, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
—**El gato con botas**, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
—**Via Crucis**, de L. F. Ardavín.
—**Su mano derecha**, de H. Maura.
—**Entre desconocidos**, de Rafael López de Haro.
—**La Manola del Portillo**, de Carrere y Pacheco.
—**Doña María la Brava**, de Eduardo Marquina.
—**La chula de Pontevedra**, de Parradas y Jiménez.
—**La última novela**, de Manuel Linares Rivas.
—**La noche iluminada**, de Jacinto Benavente.
27.—**¡Usted es Ortiz!**, de Pedro Muñoz Seca.
28.—**Tú serás mío**, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29.—**La petenera**, de Serrano Anguita y Góngora.
30.—**El último romántico**, de José Tellaeche.
31.—**La mala uva**, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32.—**La casa de los pingos**, de Paso y Estremera.
33.—**La marchenera**, de **R. González del Toro y F. Luque.**
34.—**El que no puede amar**, de **Alejandro Mac-Kinley.**
35.—**La muralla de oro**, de **H. Maura.**
36.—**La parranda**, de Luis Fernandez Ardavín.
37.—**El demonio fué antes ángel**, de Jacinto Benavente.
38.—**La morería**, de Romero y F. Shaw
39.—**La cura**, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40.—**El señor de Pigmalión**, de Jacinto Grau.
41.—**Y va de cuento**, de J. Benavente.
42.—**Hernani**, de los hermanos Machado y Villaespesa.
43.—**No hay dificultad y Cristobalón**, de Linares Rivas.
44.—**La capitana**, de Sevilla y Carreño.
45.—**Mi padre no es formal**, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46.—**¡Bendita seas!**, de A Novion.
47.—**¡Pare usté la jaca, amigo!**, de Ramos de Castro.
48.—**El buen camino**, de H. Maura.
49.—**El tío Quico**, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena
50.—**¡Por el nombre!**, de Federico Santander y José María Vela. **La más fuerte**, de Augusto Strindberg
51.—**Mademoiselle Nana**, de Pilar Millán Astray.
52.—**Mariana Pineda**, de Federico los Arniches.

53.—El cadáver viviente, de L. Tolstoi
54.—El deseo, de Luis F. Ardavín
55.—Cuento de amor, de Jacinto Benavente, y Sonata, de Viu.
56.—¡Más que Paulino...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57.—Un alto en el camino, de El Pastor Poeta
58.—Cuerdo amor, amo y señor, de Avelino Artís.
59.—¡No quiero, no quiero!..., de Jacinto Benavente.
60.—La atropellaplatos, de Paso y Estremera.
61.—El burlador de Sevilla, de Francisco Villaespesa.
62.—Las adelfas, de Manuel y Antonio Machado.
63.—Lola y Lolo, de José Fernández del Villar.
64.—El automóvil del rey, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65.—Mi hermana Genoveva, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66.—Raquel y el náufrago, de Honorio Maura.
67.—La maja, de Luis F. Ardavín
68.—El rosal de las tres rosas, de Manuel Linares Rivas.
69.—La tatarabuela, de Cadenas y González del Castillo.
70.—El último lord, de Hugo Falena.
71.—Cuento de hadas, de H. Maura.
72.—¡Un millón!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73.—Oro molido, de Federico Oliver.
74.—De la Habana ha venido un barco..., de Paso y Estremera.
75.—Las hilanderas, de F. Oliver.
76.—Hilos de araña, de Manuel Linares Rivas.
77.—¡Mira qué bonita era...!, de Francisco Ramos de Castro.
78.—Cuento de aldea, de Luis Fernández Ardavín.
79.—Una mano suave, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80.—¿Quién te quiere a ti?, de Luis de Vargas.
81.—¡Al escampío!, de El P. Poeta.
82.—Lo imprevisto, de F. de Viu.
83.—El club de los chiflados, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
84.—La canta, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85.—Los claveles, de Sevilla y Carreño.
86.—El solar de mediacapa, de Car-García Lorca.
87.—El sofá, la radio, el peque y la hija de Palomeque, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88.—El rosario, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
89.—La dama del antifaz, de Charles Meré, traducción de C. de Castro.
90.—Noche de cabaret, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
91.—La prisionera, de Bourdet, traducción de Cadenas y G. Roig.
92.—Una farsa en el castillo, de Molnar, traducción de Lepina.
93.—¿Qué tienes en la mirada?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
94.—Pepa Doncel, de J. Benavente.
95.—El fantasma de Canterville, de Oscar Wilde.
96.—La casa de la troya, de Linares Rivas y Pérez Lugín.
97.—La niña de plata, de Lope de Vega, refundición de Antonio y Manuel Machado.
98.—Napoleón en la luna, de Navarro y Sáez.
99.—Adán y Eva, de Pilar Millán Astray.
100.—La dama del mar, de Ibsen, versión española de Cristóbal de Castro.
101.—Romance, adaptación española de A. Fernández Lepina.
102.—El Abolengo, de Manuel Linares Rivas, y Dúo, de Paulino Masip.
103.—Amo a una actriz, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.
104.—Para el cielo y los altares, de Jacinto Benavente.
105.—Don Floripondio, de Luis de Vargas.
106.—El cardenal, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.
108.—La araña de oro, de Orsler y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109.—La Loba, de Ceferino R. Avecilla y Manuel Merino.
110.—¡Atrévete, Susana!, de Ladislao Fodor, traducida del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révész.
111.—El difunto era mayor, de Luis Manzano Mancebo.
112.—Han matado a don Juan, de Federico Oliver.
113.—Sixto Sexto, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

114.—La Lola se va a los puertos..., de M. y A. Machado.
115.—¡Maldita sea mi cara!, de Magda Donato y Antonio Paso.
116.—Lo que Dios dispone, de Muñoz Seca.
117.—Para ti es el mundo, de Carlos Arniches.
118.—Oriente y Occidente, de W. Somerset Maugham.
119.—Estudiantes y Modistillas, de Antonio Casero.
120.—Volpone, de Ben Jonson.
121.—El alfiler, de Pedro Muñoz Seca.
122.—Ser o no ser, de Rafael López de Haro.
123.—María Victoria, de Manuel Linares Rivas.
124.—El gato y el canario, de John Willard, traducida por José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
125.—La aventura de Irene, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
126.—¿Qué da usted por el Conde?, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
127.—Maya, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
128.—El negro que tenía el alma blanca, de Insúa y Oliver.
129.—Ella o el diablo, de Rafael López de Haro.
130.—El Cuatrigémino, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
131.—Los Tres Mosqueteros, de Ardavín y Valentín de Pedro.
132.—Cuando empieza la vida, de Linares Rivas.
133.—¡La condesa está triste!..., de Carlos Arniches.
134.—Manos de plata, de Francisco Serrano Anguita.
135.—De cuarenta para arriba..., de Antonio F. Lepina y Ricardo G. del Toro.
136.—Fabiola o los Mártires cristianos, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
137.—Peleles, de Francisco de Viu.
138.—Anfisa, de Leónidas Andreiev.
139.—El protagonista de la virtud, de Manuel D. Benavides.
140.—El ruiseñor de la huerta, de El Pastor Poeta.
141.—¡Contente, Clemente!, de Antonio Paso.
142.—El alma de la aldea, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
143.—El millonario y la bailarina, de Pilar Millán Astray.
144.—La hija de Juan Simón, de de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
145.—El condenado por desconfiado, de Tirso de Molina, arreglo de los hermanos Machado.
146.—La educación de los padres, de José Fernández del Villar.
147.—La mala memoria, de Abati y y García Alvarez, y La cizaña, de Linares Rivas.
148.—La rosa del azafrán, de Romero y Fernández Shaw.
149.—Shanghay, de John Colton, traducción de A. Mori.
150.—Satanelo, de Pedro Muñoz Seca.
151.—Casanova, de Loran Orbock, traducción de F. de Viu.
152.—Seis pesetas, de Luis de Vargas.
153.—La sombra, de Darío Niccodemi.
154.—Los pollos "cañón", de José Fernández del Villar.
155.—La mar y sus peces, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156.—La mujer desnuda, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarce.
157.—La Cárcel Modelo, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158.—Trianerías, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159.—El séptimo cielo, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160.—Olimpia, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Révész.
161.—Papá Gutiérrez, de Francisco Serrano Anguita.
162.—El crimen de Juan Anderson, de Annie Wisse, adaptación de G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163.—"K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164.—La espada del hidalgo, de Luis Fernández Ardavín.
165.—Don Esperpento, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166.—La danzarina roja, de Charles-Henry Hirsch, traducción de Lepina y Burgas.
167.—Siegfried, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168.—La calle, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.
169.—El [illegible] tontos, de Antonio Paso y Tomás Borrás.

170.—El amante de Madame Vidal, de Luis Verneuil.
171.—La Perulera, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172.—¡Cásate con mi mujer!, de Ladislao Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.
173.—Me lo daba el corazón, de Honorio Maura.
174.—La vieja rica, de Fernández del Villar.
175.—Pirueta, de F. de la Milla.
176.—La Maricastaña, de F. Sassone.
177.—¡Viva Alcorcón, que es mi pueblo!, de Ramos de Castro y Carreño
178.—El señor Badanas, de Arniches.
179—La condesita y su bailarín, de Honorio Maura.
180.—Monte de abrojos, de José Castellón.
181.—Adán, o el drama empieza mañana, de Felipe Sassone.
182.—Los Chamarileros, de Arniches, Abati y Lucio.
183.—El alma de Corcho, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
184.—Han cerrado el portal, de Ardavín.
185.—Tierra en los ojos, de Serrano Anguita.
186.—El hombre que se deja querer, de Bernard Shaw.
187.—Tómame en serio, de A. Paso.
188.—La noche loca, de H. Maura.
189.—Marí-Bel, de Coello de Portugal.
190.—El cuento del lobo, de Molnar.
191.—Proa al sol, de Angel Lázaro.
192.—El Padre Alcalde, de Muñoz Seca.
193.—La prima Fernanda, de Manuel y Antonio Machado.
194.—Los amores de la Nati, de Pilar Millán Astray.
195.—Doña Herodes, de A. Paso.
196.—Margarita, Armando y su padre, de Enrique Jardiel Poncela.
197.—La de los claveles dobles, de Luis de Vargas.
198.—La Guapa, de J. M. Granada y Téllez Moreno.
199.—La Academia, de García Alvarez y Muñoz Seca.
200.—Di que eres tú, de Antonio Paso y Juan Chacón.
201.—Mi casa es un infierno, de José Fernández del Villar.
202.—La reina castiza, de don Ramón del Valle-Inclán.
203.—¡Que trabaje Rita!, de Antonio Estremera y R. García Valdés.
204.—¡No seas embustera!, de Molnar, adaptación de Francisco Serrano Anguita y Andrés Révèsz.
205.—Las pobrecitas mujeres, de Luis de Vargas.
206.—El perro del hortelano, de Lope de Vega, refundición de Manuel y Antonio Machado.
207.—¡Un momento!, de F. Sassone.
208.—Las doctoras, de Eduardo Haro.
209.—Los Reyes Católicos, de José Fernández del Villar.
210.—La niña de la bola, de Leandro Navarro.
211.—El tío catorce, de Pedro Pérez Fernández.
212.—Una conquista difícil, de Rafael López de Haro.
213.—El chófer, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
214.—La cuna es de Calderón, de Leandro Blanco y Alfonso Lapena.
215.—Como los propios ángeles, de Juan G. Olmedilla y A. Muñiz.
216.—Una gran señora, de Enrique Suárez de Deza.
217.—La marimandona, de José Ramos Martín.
218.—El embrujado, de don Ramón del Valle Inclán.
219.—Todo Madrid lo sabía..., de Manuel Linares Rivas.
220.—Don Juan José Tenorio, de Silva Aramburu y Enrique Paso.
221.—La culpa es de ellos, de Augusto Martínez Olmedilla.
222.—Entre todas las mujeres, de Francisco Serrano Anguita.
223.—Vivir de ilusiones, de Carlos Arniches.
224.—Los pistoleros, de F. Oliver.
225.—La fuga de Bach, de José Fernández del Villar.
226.—Las llamas del convento, de Luis Fernández Ardavín.
227—Las víctimas de Chevalier, de Antonio Paso.
228.—¡Todo para tí!, de Pedro Muñoz Seca.
229.—María, o la hija de un tendero, de Antonio Fernández Lepina.
230—Jaramago, de Jorge y José de la Cueva.
231.—La marchosa, de Carreño y Sepúlveda.
232.—La mujer del día, traducción de Gutiérrez Roig.

TEATRO ESCOGIDO

TOMO 1

La chica del gato.

El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno.

Las estrellas.

Prólogo de JOSE CARNER.

TOMO 2

Es mi hombre.

La señorita de Trevelez.

Los milagros del jornal

Prólogo de RAMON PEREZ DE AYALA.

CARLOS ARNICHES

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de San Vicente, 18
MADRID

LA FARSA

está a la venta en la

LIBRERIA Y EDITORIAL MADRID

ARENAL, 9. - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que le falten para completar su colección

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID